

TEMAS ESPAÑÓLES

193



PERDU.

3
Pts.

JT - F 2468

FRAY LUIS *de* LEÓN

TEMAS ESPAÑOLES

N.º 193

(SEGUNDA EDICIÓN)

FRAY LUIS DE LEÓN

POR

VENANCIO LUIS AGUDO

Depósito Legal: M. 13.169-1959

PUBLICACIONES ESPAÑOLAS

SERRANO, 23 - MADRID

1959

T. 130842

C. 71708738

R. 61344



FRAY LUIS DE LEON

“... En lo natural, fue pequeño de cuerpo, en devida proporción, la cabeza grande, bien formada, poblada de cabello algo crespo, i el cerquillo cerrado, la frente espaciosa, el rostro más redondo que aguileno (como lo muestra el retrato), trigueno el color, los ojos verdes i vivos. En lo moral con especial don de silencio, el ombre más callado que sea conocido, si bien de singular agudeza en sus dichos, con estremo abstimente i templado en la comida, bebida i sueño. De mucho secreto. Verdad i fidelidad; puntual en palabra i promesas; compuesto, poco o nada risueno. Leiasse en la gravedad de su rostro, el peso de la nobleza de su alma, resplandecía en medio desto por excelencia una humildad profunda. Fue limpisimo, mui onesto i recogido, gran religioso i observante de las Leyes. Amava a la Santissima Virgen ternissimamente, ayunava las Vísperas de sus fiestas, comiendo a las tres de la tarde y no haciendo colación. De aquí nació aquella regalada canción que comienza *Virgen q'el Sol más pura*. Fue mui espiritual, i de mucha oración, i en ella, en tiempo de sus mayores trabajos, favorecido de Dios particularissimamente. Con ser de natural colérico fue mui sufrido i piadoso para los que le tratavan. Tan penitente i austero consigo, que las más noches no se acostaba en cama, i el que la avía hecho la hallaba a la mañana de la misma manera. En lo adquisito fue gran Dialético i Filósofo, Maestro graduado en Artes, i Doctor en Teología, por aquella insigne universidad donde fue catedrático más de 36 años, en la Cátedra de Santo Tomás, de Durando, de Filosofía Moral, i de Prima de Sagrada Escritura, que tuvo con crecido premio porque leyese una lección. Supo escolástico tan aventajadamente como si no tratara de Escritura i de Escritura como si no tra-

tara de escolástico. Fue la mayor capacidad de ingenio que sea conocido en su tiempo para todas Ciencias y Artes; escribía no menos que nuestro Francisco Lucas, siendo famoso Matemático, Aritmético, i Geométrá; i gran Astrólogo, i Judiciario (aunque lo usó con templança). Fue eminente en el uno y otro Derecho, Médico superior, que entrava en el general con los desta facultad i arguía en sus actos. Fue gran poeta latino i castellano, como lo muestran sus versos. Estudió sin maestro la pintura, i la exercitó tan diestramente que entre otras cosas hizo (cosa difícil) su mesmo Retrato. Tuvo otras infinitas habilidades, que callo por cosas mayores. La lengua Latina, Griega i Hebrea, la Caldea i Siria, supo como los Maestros della. Pues la nuestra con cuánta grandeza. Siendo el primero que escribió en ella con número y elegancia. Al passo destas grandezas fue la invidia que le persiguió, pero descubrió altamente sus quilates, saliendo en todo superior, i con el mayor triunfo i onra que en estos reinos se a visto. Fue varón de tanta autoridad, que parecía más a propósito para mostrar a los otros, que para aprender de ninguno. Grande su juicio i prudencia en materias de gobierno, alcanço mucha estimación en España i fuera della con los mayores ombres; consultávalo el Rei Filipo Segundo en todos los casos graves de conciencia enviándole correos extraordinarios a Salamanca; i después yendo por orden de la Universidad, con particular comisión a su Magestad, lo trató i comunicó, haziéndole especial favor i merced” (*).

(*) FRANCISCO PACHECO: *Libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones.*

Es inútil que buceemos más en la sombra de sus primeros años. Su figura fue tan grande, que todos han preferido mirarla en su madurez, cuando el fraile, pequeñito y colérico, discutía con el maestro León de Castro y le decía “muchas veces que era hombre ruin”, y el otro le contestaba “que lo había de hacer quemar a él”. Luego, el fraile, rotos los nervios, descargada la tormenta, a solas con Dios, pacificaba el alma por las márgenes del Tormes, bajo la alameda de *La Flecha*, arrepentido de su irritabilidad, y, bañado en melancólica esperanza, levantaba los ojos al cielo, prieto de estrellas y silencios:

*¿Cuándo será que pueda,
libre de esta prisión, volar al cielo...?*

*¡Aquí vive el contento,
aquí reina la paz...!*

Ningún historiador se ocupó de su niñez. Fue un muchacho como todos los demás de Castilla. Concretamente, el hijo primogénito de un hidalgo acomodado, en un pueblo de cierta importancia: Belmonte en la provincia de Cuenca.

Nacido probablemente en 1527 ó 1528, respiraba todo el alborear del gran Imperio que entonces se hacía. Precisamente el mismo año de 1528 Carlos V, que, como escribe un historiador moderno, ya “se había hispanizado y quería hispanizar a Europa”, propone vigorosamente a la corte de España su programa para un Imperio de toda la “Universitas Christiana”: el Imperio más desinteresado y más católico. Cuando corretea por el “belmonte” —“un monte de grandes encinas y mucha belleza, de llano apacible y gracioso”—, el aire trae el murmullo altivo de las primeras relaciones y crónicas de los conquistadores. En la plaza del pueblo se decía que las tierras descubiertas estaban llenas de riqueza. Había oído hablar de un paisano suyo, Alonso de Hojeda, que había traído el primer oro de las Indias, de allá, muy lejos, muy lejos, por donde el sol se ponía todas las tardes en un incendio rojo detrás de las últimas eras y viñedos: ¡tierras de España! Por el otro lado, por donde salía con el campanilleo de las

mulas y del comienzo del trabajo, también muy lejos, un tío suyo, capitán en Italia, ganaba más tierras para el Emperador. De uno a otro horizonte ¡España! Todo el ambiente era amplio, grande, y el sol era fuerte sobre los campos de Castilla.

“Nació este declarante en la villa de Belmonte, a donde se crió hasta edad de cinco o seis años, y desde esta edad le llevaron a Madrid donde estaba la corte, y en ella se crió en casa de su padre, que era entonces abogado de corte, y en esta villa (Valladolid, donde escribe) cuando la corte pasó a ella, hasta que tuvo edad de 14 años. Y desta edad, su padre le envió desta villa a estudiar a Salamanca Cánones, y dende a cuatro o cinco meses como llegó allí, tomó hábito de San Agustín en el monasterio desta orden de la dicha ciudad.”

Hay en Fray Luis, a pesar de su vida combativa e inquieta, una tendencia innata a la paz de Dios, un perenne descubrimiento de vacíos en todas las cosas, cuando están sin su luz. Fray Luis de León se desnudó muy pronto la ligereza de la niñez. A los 14 años todo ese bagaje interior, espiritual, místico, debió de brotar con el ímpetu suficiente para llevarle a un convento: allí estaba Dios y su voz le llamaba.

Un año de encuentro con Dios. El viento aquel de los campos de Belmonte, que venía de América, Flandes, Nápoles... se había hecho silencio de Nazaret frente a frente de Jesucristo. El mundo no existía sino adjetivamente, dando un color extrínseco a la figura evangélica, jovial, pura del Dios-Hombre. En los días de asueto, aquel chiquillo iría a “La Flecha”, la casa de campo de los agustinos a orillas del Tormes. Los libros ascéticos y el P. Prior aconsejaban las conversaciones de temas espirituales, para los pocos ratos en que se rompía el silencio de una, casi continua, meditación y trabajo. Entonces allí, con uno o dos de sus hermanos, hablaría de Jesucristo igual que lo hizo después en sus “Nombres de Cristo”. Quizá fue este año el más feliz de la vida de Fray Luis de León o, al menos, fue el año que debió de dejar en su alma —aunque no se haya insistido en ello— más honda huella. Antes de encallecer el carácter en los golpes diarios que habían de ve-

nir, la psicología dúctil y seria de aquel chiquillo de 14 ó 15 años, debió de recibir hasta el fondo la impronta de Jesucristo y de su paz. Aprendió lo que había de ser norma y anhelo. "La vida de Fray Luis —afirma el P. Getino— fue de pleitos constantes." Menos ahora. Aun en los momentos de plenitud, después de su proceso, nunca tuvo Fray Luis la quietud de estos momentos. Sus ojos girarían entonces en un semicírculo total para beber paz en la añoranza de estos días y en la esperanza de la eternidad, al otro lado, que cada vez veía más cerca. Y esos ciento ochenta grados, entre este aprendizaje, lleno de paz casi infantil y la paz ansiada, definitiva, de la eternidad, que unía directamente la soñada recta hacia arriba del ideal, marcan, de hecho, la curva realista de una vida que empieza en la paz, se aleja —o mejor, la alejan— de ella, para volver, al fin, después de cinco años de dolorosa purificación de cárcel, a encontrarla, de frente a la eternidad, que ilumina ya esos últimos momentos de su plenitud.

El día 29 de enero de 1544, ante el P. Provincial, Fray Francisco de Nieva, el novicio leía con voz niña y estremecida de emoción. "Yo, Fray Luis de León, hijo de Lope de León y de Inés de Valera, su legítima esposa... hago solemne y espontánea profesión y prometo obediencia al Dios Omnipotente y a la Beatísima Virgen María... y prometo también vivir sin nada propio en castidad y regular observancia, según la regla de Nuestro Santo Padre Agustín hasta la hora de mi muerte..."

Ya era religioso. Empezaba la lucha. Se abrió la puerta del convento y él, con su hábito negro, su cinturón y su cartapacio bajo el brazo, salió, silencioso y serio, recogido y espiritual, a la algarabía estudiantil de la Universidad de Salamanca.

II

(1544-1560)

¡Salamanca en pleno siglo xvi!

Escribo a la sombra de estas venerables piedras doradas. Y ni siquiera así creo que se pueda evocar la vida múltiple, exuberante, de aquella Universidad. La grandeza, la

seria majestad en los catedráticos —Nebrija, Soto, Cano, El Brocense, Victoria, Sallinas, Báñez, Suárez...; el jolgorio de los estudiantes, compañeros de Lazarillo, Marcos de Obregón, Estebanillo González y aun de aquel "inaudito bachiller Sansón Carrasco, perpetuo trástulo y regocijador de los patios de las escuelas salmantenses"... "muy gran socarrón"... "de condición maliciosa y amigo de donaires y burlas", y de toda la picaresca que aquí nació bajo la cátedra y magisterio de la Celestina.

En aquella pequeña urbe del Renacimiento llegaron a alojarse de 8.000 a 10.000 estudiantes. Bolonia, Oxford, Cambridge, París, Salamanca... Eran los centros de estudio de todo el mundo y que podían contarse con los dedos de la mano. De los cuatro puntos cardinales confluían los hijos de hidalgos acomodados y los pobretones que, sirviendo de pajes o criadillos a aquéllos, podían irse costeando los estudios. Cervantes, por ejemplo. Y entonces, como hoy, de esa decena de millares de muchachos en plena vida, un diez por ciento se ajustaba honradamente al yugo de las lecciones, mientras que al resto le parecían demasiado hermosas las tardes del Tormes, cuando un milagro bullicioso despertaba en la sangre con la primavera.

Precisamente en la *cátedra de Fray Luis*, que se conserva hoy —arropada en un silencio de museo— lo mismo que estaba en aquellos días, se pueden ver, grabados en los bancos escolares, grandes corazones atravesados por flechas y, bajo ellos, los nombres de las amadas, palpitantes aún del más romántico cariño estudiantil. "Carmen" he leído en unas enormes mayúsculas. El enamorado artífice debió de trabajar arduamente durante más de una clase. Mientras, el maestro leería pesadamente: "Disputatio prima, quaestio secunda..." Y Carmen soñaría, en su apartamiento de casta doncella, sin osar siquiera asomarse al balcón...

*En Salamanca, señor,
son mozos, gastan humor,
hace cada cual su gusto, (9)*

decía Ruiz de Alarcón en *La Verdad Sospechosa*; y Vicente Espinel en su *Vida del Escudero Marcos de Obregón*: "los estudian-

tes, gente briosa y fácil de moverse para cualquier alteración”.

Sin embargo, y a pesar de todo, Salamanca daba sus buenos frutos. Indudablemente aquel mundo estudiantil, estallante de ruidos y vida, se centraba en el deseo de saber, aunque lo hiciese con demasiada algarabía. Las cuchilladas no eran raras, pero casi tantas o más se dieron por culpa de las lecciones y los catedráticos, como por culpa del amor o el orgullo. No había otros temas para desahogar la vitalidad estudiantil. Ni política ni deportes. Los estudiantes elegían a sus mismos profesores en plebiscito democrático. Las campañas electorales de hoy eran entonces tributarias de la ciencia. Las pasiones se encendían por uno u otro bando y los muros de la catedral, de los palacios y conventos, y aun los de callejas inéditas de Salamanca, conservan, todavía hoy, en grandes letras rojas ya un poco apagadas, el testimonio de aquellas propagandas.

Para los catedráticos era una constante emulación. A seglares y religiosos les quemaba la pasión del saber y del orgullo con una misma llama. Envidias, odios y rencores muy frecuentes. Pero todo alrededor de la ciencia. De una ciencia perseguida con ahínco y conquistada con placer y con dolor. La Universidad derramaba su saber por todas partes y aun la *Celestina*, que tenía su casa no muy lejos de los estudios —hoy se conserva la *Peña Celestina*— citaba con facilidad, acostumbrada quizá al lenguaje de tantos estudiantes como acudirían a visitarla y a pedirle ayuda, a Séneca, Plutón, Teófilo, Alejandro, Héctor, Narciso, Orfeo...

Y no sólo se extendía su influjo a Salamanca. Al pasar por allí Carlos V, puede decir: “Este es el tesoro de donde proveo a mis reinos de justicia y gobierno...” Y en sus reinos no se ponía ya el sol... Catedráticos y estudiantes lucían por todo el mundo el orgullo filial de su educación salmantina. Cuando Sansón Carrasco quiere acabar de una vez con las ignorantes razones del Ama de Don Quijote, no encuentra argumento mejor que éste: “Yo sé lo que digo, Señora Ama: váyase y no se ponga a disputar conmigo, pues sabe que soy bachiller por Salamanca, que no hay más que bachillar”.

Al abrirse la puerta del convento de San Agustín para lanzar al recién profesado al mundo universitario, Fray Luis de León era casi un niño. Alrededor de la Universidad habían florecido los conventos de religiosos que era donde en realidad se estudiaba a fondo. Los superiores velaban por la observancia regular y por el fervor de aquéllos que tenían que asistir a las clases. En el convento florecía la piedad. En él vivieron hombres tan eminentes como San Juan de Sahagún, Santo Tomás de Villanueva, el Beato Orozco, Nicolás de Agreda, Pedro de Aragón...

Atravesó la plazuela, subió luego bordeando la Catedral Vieja y las obras de la Nueva, cruzó la calle de la Rúa, la arteria de la ciudad y, con los ojos bajos y modestos, penetró después en la plaza de la Universidad, en la hermosísima plazoleta, que hoy preside su estatua de bronce. Quizá levantó los ojos para contemplar el bordado plateresco de la portada; luego volvió la espalda y entró en las Escuelas Menores.

Del 1544 al 1546 estudia allí las Humanidades y la Filosofía. Eran aquéllas latín, griego, hebreo, literaturas clásicas, elocuencia... Formación literaria. Dos años de apacible degustación artística. Entonces, probablemente, empezó a gustar la poesía latina y hebrea. La influencia de Horacio, que es evidente, aun prescindiendo del análisis de Menéndez Pelayo, debió de comenzar en estos primeros años. Quizá era demasiado joven para captar la plenitud de forma artística del mejor lírico de la antigüedad. Pero estaba, por naturaleza, bien preparado.

¿Se exigirían en las clases traducciones de los poetas clásicos a lengua vulgar? ¿Las haría por puro placer estético aquel muchacho, poeta ante todo? Es muy probable que algunas de sus traducciones o imitaciones sean de este tiempo y que este recuerdo fuese el que motivó aquellas preciosas palabras con que comienza la *Dedicatoria* de sus poesías, cuyo núcleo principal escribió, sin duda, en plenitud: “Entre las ocupaciones de mis estudios en mi mocedad, y casi en mi niñez, se me cayeron como de entre las manos estas obrecillas, a las cuales me apliqué más por in-

clinación de mi estrella que por juicio o voluntad”.

La Filosofía debió de estudiarla en el mismo convento, con Fray Juan de Guevara, un agustino joven y docto que sería después, con el mismo Fray Luis, el primero en romper el monopolio que hasta entonces venían ejerciendo los dominicos en la Universidad, con una cátedra para su orden.

En 1546 cruza el patio de las Escuelas Menores y entra en la Gran Universidad, en la Facultad de más importancia: Teología.

Era un baño necesario, esencialmente, en la formación de Fray Luis: un alma mística, con una sed insaciable de Dios. Empezaba ahora a beber sosegadamente todo lo que la Revelación divina ha dicho del Sumo Autor a la razón humana. Dios le había deparado buenos maestros: Domingo Soto, y, después, Melchol Cano. Los dos teólogos y lumbreras del Concilio de Trento y glorias de la teología española y universal. Fray Luis no perdió el tiempo. Quería conocer a Dios. Lo necesitaba. Todo el contenido que, después, sosegada y anchamente iba a fluir, al modo platónico, por las insuperables páginas de los *Nombres de Cristo*, se iba acumulando y haciendo carne y espíritu propio sobre los estrechos bancos del estudio.

Es además probable que ya sus superiores hubiesen orientado su vida hacia la cátedra. Fray Luis vio lo difícil de la tarea. Ya hemos dicho que el bien ganado prestigio de los dominicos había monopolizado prácticamente la enseñanza. Había que luchar contra un muro hasta entonces infranqueado que suscitaba molestas rencillas entre las órdenes religiosas y borrascosos tumultos entre los estudiantes. Fray Luis se preparaba. Una inteligencia amplia y profunda le ayudaba. Era sencillo y se hacía querer. Pero le hervía la sangre y en más de una ocasión su espíritu religioso tuvo que ahogarle unas palabras destempladas. Hasta ahora, sin embargo, no tomaba parte en la lucha. Como estudiante, su hábito le impedía el vocerío callejero en favor de éste o el otro candidato. Pero las sacudidas interiores indicaban que el fuego

existía. El carácter, el hombre ya estaban allí... “Era de natural colérico.” El año 1557 estalló hacia fuera.

Anotemos, sin embargo, que antes del 1550 deja, probablemente, de asistir a las clases. Marcha a Alcalá, a Soria y a Toledo, aunque vuelve varias veces a Salamanca. Son años oscuros en su biografía. Desde luego en Alcalá estuvo como discípulo y profesor; lo primero en la Universidad, y lo segundo, probablemente, en algún convento de su orden. Allí conoce a Arias Montano, el gran polígrafo, el “Menéndez y Pelayo de su tiempo”, con quien le uniría en adelante una gran amistad. En Toledo, 1556, se gradúa de bachiller. No sabemos por qué razón, ya que dos años después incorpora ese grado a su Universidad de Salamanca.

Cuando regresa ese mismo año a su convento empieza a enseñar en él. Comienza su fama de hebraísta, exegeta y teólogo. Se le consulta de muchas partes. En la orden es pronto una autoridad, y por la Universidad corre el rumor revolucionario de que un agustino estará en breve capacitado para opositar.

Para él, todo esto, trae una sensación nueva de responsabilidad y vigor. Despierta la fuerza dormida, casi repentinamente. Fray Luis de León—se ha señalado y repetido—es un alma hebrea. Alma hebrea volcada en forma horaciana: la grandeza montañosa, oceánica de David, el fuego de Isaías.

Fue el 15 de mayo de 1557. En el convento de Dueñas se reunía el Capítulo de la Provincia de Castilla de los Padres Agustinos. Fray Luis de León fue elegido para tener el discurso principal. Frisaba en los treinta años.

Cuando comenzó a hablar, afirmó que iba a hacer el oficio de fiscal y no de panegirista. En un latín elocuentísimo fustigó vicios y defectos con látigo de llamas. Pocos discursos de semejantes ocasiones, hemos leído tan ásperos, tan fogosos, tan duros. Presidía el Beato Orozco. El Padre Provincial saliente, uno de los más combatidos por Fray Luis, era, según un maestro agustino contemporáneo: “Varón digno de renombre inmortal, por su santa vida, celo de la religión y gran honrador de letrados.” Con-

servamos otros testimonios del celo y el fervor de aquella provincia.

¿Qué pensar del discurso de Fray Luis que parece en abierta contradicción? Deseos dan—y ya hay quien lo ha intentado—de suprimirle con el brochazo de la no autenticidad. Pero hay que rendirse al testimonio histórico. El tal discurso lo pronunció indudablemente Fray Luis de León.

Es verdad que hubo defectos y, sobre todo, que una tal Congregación de San Pablo, incorporada a los agustinos, llegó a términos intolerables. Este sería el fundamento real de la airada elocuencia de Fray Luis. Pero creemos que la causa principal es subjetiva. Era él, sumamente idealista en la concepción y colérico en la realidad.

Volaba muy alto. Sentemos desde ahora que Fray Luis, el poeta de la paz, nunca tuvo la paz. Y, precisamente, por eso fue su cantor. Hay en él un deseo volcánico del ideal visto, sentido, plenamente gustado en su intuición y que sabe que está muy lejos. En su edad madura se resignó esperanzadamente cara a la eternidad. Ahora, el fuego de los años le hizo desbordarse para conseguir inmediatamente este ideal—aquí la observancia y santidad total de la orden como corporación—que la experiencia le enseñaría que no era tan fácil conseguir. Aquella noche al enfrentarse, a solas frente a Dios, con su jornada, quedaba en pie y triunfante el vigor de su celo. La añoranza de paz y el arrepentimiento que más tarde brotarían en él, en semejantes ocasiones, estaban aún en el futuro y bastante lejos. No es ésta de ahora, la grandeza de nuestro Fray Luis. El Dante vive en lucha y esa misma lucha, en su dinamismo le hace grande. Fray Luis de León, más lírico—como Beethoven—vive en lucha y es la victoria sobre ella, la superación, la que le encumbra a su categoría de genio.

A los pocos días volvió a Salamanca.

III

(1560-1572)

El mes de mayo de 1560 trajo a Fray Luis el primer gran éxito de su carrera univer-

sitaria, sobreado con todo el orgullo de sus treinta años.

Cuando alguien conseguía el título de licenciado, maestro o doctor, toda la Universidad echaba a las calles—al igual que los días de oposición a cátedras o elección de Rector—la alegría sonora de las grandes fiestas. Fray Luis de León, junto con su hermano de orden y profesor de Filosofía, Fray Juan de Guevara, consiguieron esos títulos entre el 2 y el 10 de mayo.

Basta leer unos cuantos testimonios contemporáneos, de los muchos que se conservan, para adivinar el color, el regocijo, la alegría de aquellas solemnidades. Quizá las tres partes más principales eran el banquete o colación, el paseo y la corrida de toros. Respecto al primero, los mismos estatutos de la Universidad velaban porque no se cometieran excesos que habían sido frecuentes. Tan solamente “se pueden dar seys diferencias de colación de cosas de açucar, demás de tres platos de frutas verdes que según el tiempo oviere”. Esto para la “colación que se dé a la tarde”. Además “el que se oviere de examinar, sea obligado a dar a cada uno de los examinadores doctores o maestros que presentes fueren de su facultad dos doblas de cabeza o costillares y una hacha y una caja de diaciton, y una libra de confites y tres pares de gallinas. Y porque el tiempo es largo del examen, sea obligado a dar una cena con tanto que no sea obligado a dar más de un ave, con que no sea pavo ni gallina de Indias y una escudilla de manjar blanco y una fruta antes y otra después y su vino y su pan”.

El paseo era un cabalgata multicolor, precedida y seguida de música y en la que al nuevo graduado acompañaban su padrino—el de Fray Luis fue el gran Domingo Soto, que murió poco después—, el Rector, el Maestrescuela y demás catedráticos, doctores, estudiantes, etc. De la casa del candidato se dirigían a las Escuelas y a la Catedral, en cuyo claustro, en la capillita de Santa Bárbara, se tenía el examen. El momento era severo y emocionante. Fuera, en la fachada principal, esperaba al candidato un caballo enjaezado, la corrida de toros y el entusiasmo popular... si aprobaba. Si el resultado era negativo debía sa-

lir huyendo por la "puerta de los carros" y perderse en el silencio solitario de las callejuelas estrechas, detrás de la Catedral.

Cuando el nuevo Maestro en Santa Teología, Fray Luis de León, salió al entusiasmo popular, el sol de mayo doraba toda la ciudad. Montó en su caballo enjaezado y se dirigió, calle de la Rúa arriba, a la plaza Mayor, donde iba a comenzar la corrida de toros, que tenía un carácter menos artístico y menos serio que las de hoy.

Conseguidos los títulos, estaba en disposición de comenzar la lucha para la conquista de la cátedra. No sé la impresión que dejaría en el alma íntima y seria de Fray Luis todo aquel bullicio, aquel "mundanal ruido" del 10 de mayo de 1560. Sin duda ninguna que debió de halagar a su noble alma, batalladora e idealista. Pero pronto pasó al archivo de los recuerdos. No podía detenerse en el paladeo de aquel triunfo.

Dos meses después, cuando aún no se habían apagado todas aquellas resonancias, entra de lleno en el laberinto pasional de las oposiciones. Queda una vacante de Sagrada Escritura. Las Ordenes religiosas y los intereses particulares revolotean alrededor. Se presentan seis Maestros y un Licenciado que es el que obtiene la cátedra. Se llama Grajal y será a pesar de esto, uno de los íntimos amigos de Fray Luis, que ahora ha fracasado.

Al año siguiente ya consigue vencer en la cátedra de Santo Tomás, con más del doble de votos sobre su inmediato seguidor a quien apoyaban los dominicos. Nos es imposible detallar otra vez el carácter de las fiestas que se organizaban con motivo de las oposiciones. Baste decir su nota principal: eran los mismos estudiantes quienes elegían a sus maestros. Los estatutos velaban porque éstos no se ganasen a aquéllos por medios ilegítimos y, a veces, vergonzosos. "No sólo se venden por castañas, sino por bellotas."

Aunque la cátedra de Santo Tomás la había tomado para un cuatrienio, antes de acabar éste, conquistó la de Durando que tenía una paga mayor y que retuvo ya hasta su encarcelamiento.

Estos triunfos de Fray Luis iban, sin embargo, dejando, en él, una estela de dolor;

y de heridas en otros, muchas de las cuales habían de echar fuera el pus de su enconamiento, años más tarde. Había comenzado la vida monótona, el trabajo constante. Se amontonaron sucesos dolorosos, desde la muerte de su padre—julio de 1562—y algunos problemas familiares que encuentra al ir con este motivo a su casa, hasta las molestas exigencias de la disciplina en el trabajo, como una multa que se le impone en 1564, por haber dictado apuntes o dado la clase *in scriptis*, lo cual estaba prohibido.

El cuerpo le empieza a flaquear. Su salud es muy delicada y le falla casi continuamente. No sabemos cuáles fueron sus enfermedades, pues la medicina de entonces ni siquiera logró, probablemente, atinar con ellas. Tenemos un testimonio curioso. A los tres días de ingresar en la cárcel, entre otras cosas que pide a los inquisidores, anota: "Y suplico a sus mercedes sean servidos dar licencia al dicho Padre Prior (de Salamanca) que avise a Ana de Espinosa, monja en el Monasterio de Madrigal, que envíe una caja de unos polvos que ella "solía hacer y enviarme" para mis melancolías y pasiones del corazón, y nunca tuve dellos más necesidad que agora..."

Sin embargo, lucha. Está en pleno vigor. La vida universitaria ha hecho brotar en su poderosísima inteligencia un mundo nuevo de ideas que cada día ve con mayor claridad y que, sin embargo, sabe que van a parecer atrevidas, casi heréticas. En la Sagrada Escritura ha encontrado la fuente de la vida, la verdadera luz para la razón. Y le parece un contrasentido que lo que Dios dio para todos los hombres, para el pueblo, esté alejado de ellos.

Sonaba a herejía querer difundir entre el vulgo los libros de la Sagrada Escritura, traducidos del latín a la hermosa lengua que se hablaba en las plazas, las eras y los campos. Una monja le ha pedido que la traduzca y declare el *Libro del Cantar de los Cantares*. Fray Luis lo piensa y cree que no es imprudente. La empresa es hermosa. Al atardecer, a la vuelta del estudio, el alma poética de Fray Luis va traduciendo aquellas hermosísimas páginas: "Voz de mi Amado se oye; helo, atravancando por los collados, saltando por los montes. ¡Helo! Ya

está tras nuestra pared, acechando por las ventanas, mirando por las celosías..." Luego medita y explica: "Todo este mostrarse y esconderse y no entrar de rondón, sino andar acechando ahora por una parte y ahora por otra, es natural de los muy requiebros; y son unos regalos y juegos graciosísimos de amor, que es como un jugar al tras con los niños, lo cual se pone aquí con gran propiedad y hermosura de palabras."

Cada día encuentra una nueva vena de pureza, de ideal y de hermosura en el libro y se duele de que no pueda llegar, al menos, a los que estén capacitados para ello. Era un prejuicio de la época. Santa Teresa se asustó y echó a sonar su risa hermosa, cuando una muchachilla, futura novicia, la preguntó ingenuamente si llevaba al convento una Biblia: "¿Biblia, hija? No vengáis acá que no tenemos necesidad de vos ni de vuestra Biblia; que somos mujeres ignorantes y no sabemos más que hilar y hacer lo que nos mandan."

Por los claustros de la Universidad al Maestro Fray Luis le afloran las ideas que lleva dentro. Y surgen las disputas con otros maestros. La certeza en la posesión de la verdad—Fray Luis se adelantó hasta nuestros días en que se aconseja a todos la lectura de la Biblia y se examina críticamente el texto de la *Vulgata*—le da fuerza y hay frecuentes alianzas con su eterno "de natural colérico".

Por lo demás, la misma vida universitaria le trae mil lances y brotan las enemistades y los pleitos con su papeleo jurídico. Fray Luis se apasiona tremendamente. Se da cuenta y sufre. Está en el camino de la purificación, de la gran madurez, pero sin haberla conquistado todavía. Con los jerónimos se enemista porque se opone violentamente, aun en contra del Rey, a que se conceda a Fray Héctor Pincio, portugués de dicha Orden, un salario para que se quede a enseñar en Salamanca. Parecida fue también la encendida reyerta con el Padre Gallo, dominico, y después con Fray Bartolomé Medina, gran teólogo y uno de sus mayores enemigos.

"Es bueno recordar—escribe el Padre G. Alonso de Getino, O. P.—que el cantor

de la vida del campo no es el Fray Luis de León que nos ha pintado la cursilería del siglo antecedente, sino el que nos dibujan los documentos, el luchador incansable, el profesor de más azarosas peripecias de que hay memoria en la Universidad de Salamanca."

Sin llegar aún, probablemente, a una superación de estas deficiencias que le brotan en la coyuntura del carácter y su circunstancia, Fray Luis de León busca la paz y el equilibrio del alma. Primero en Dios. Aun en sus momentos de mayor vaivén, Fray Luis de León fue un religioso ejemplar y, mejor aún, fervoroso. Una fe amplia y luminosísima le levantaba, por encima de todo, al Jesucristo que era la razón de su vida. El podía caer, dejándose llevar de la ira. Al volver, se encontraba con el Jesucristo de siempre, paz y sencillez. Ya en el prólogo al *Comentario al Cantar de los Cantares*, que es de esta época, escribe esta frase que parece arrancada de los *Nombres de Cristo*: "Jesucristo, luz y verdad, y todo el bien y esperanza nuestra." Este será el resumen de su mejor obra.

Y, después, el remanso de su vida intelectual. Fray Luis gustó poéticamente la ciencia. Alma renacentista, abarcó todas las ramas del saber y en todas encontró belleza. La celeberrima "Oda a Felipe Ruiz" es un anhelo de saber. Al acabar su trabajo en la Universidad, "marchaba Fray Luis—describe Domínguez Berrueta—por la estrecha calle de la Rúa de San Isidro, husmeando por imprentas y librerías, que a la sazón eran el mentidero más surtido de libros enviados de Flandes por Arias Montano, y de noticias recogidas por maestros y discípulos en los patios de la Escuela". Iba de prisa a su celda, quizá cargado con una buena adquisición para la librería. Era ésta abundante y variada. Allí se amontonaban, con el desorden que da el uso constante, multitud de cartapacios y de libros, de apuntes y extractos, de escritos y consultas: Victoria, Soto, Cano, Zúñiga, Sotomayor, Arias Montano, Santo Tomás, San Agustín, San Bernardo... Estudiaba música, poesía, matemáticas, astrología, medicina y, sobre todo y esencialmente, Teología, Lenguas y Escritura.

Con los amigos gozaba del conversar elevado y culto. De la misma manera que se dolía de las envidias y rencores, sabía apreciar el favor y el desinterés. Grajal—lo hemos dicho—fue quien ganó la primera oposición a la que concurrió Fray Luis. Poco antes de procesar a éste lo fue aquél y se tachó y se acusó su amistad, que fue una de las principales circunstancias que influyeron en la prisión del agustino. Sin embargo, escribe con la cabeza alta en uno de los muchos papeles con que se defendió: "Es verdad que el maestro Grajal ha sido y es amigo mío y el querelle yo bien comenzó de que, habiendo sido primero competidores en la cátedra de Biblia que él llevó, en las demás oposiciones que yo hice, sin sabello yo, trató en mi favor con tanto cuidado y con tan gran encarecimiento de buenas palabras, que cuando lo supe quedé obligado a tratalle."

Nombres que quizá hubiese enterrado el polvo de los años, quedan vivos aún, incrustados en las poesías eternas de Fray Luis. Oloarte, Portocarrero, Felipe Ruiz, Salinas... han pasado a la historia al calor de la cordialidad de Fray Luis. ¡Cuántas veces, en los días de descanso, iría a visitar a su amigo, el ciego Salinas, catedrático de música! Fray Luis llevaría quizá el alma alborotada tras la última tempestad. Charlaban. El músico, ciego a las cosas de acá, tenía un mundo de exquisita ternura interior. Le obsequiaba con alguna composición. Amanecía plácidamente en el alma de Fray Luis.

*El aire se serena
y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
la música extremada
por vuestra sabia mano gobernada...*

Después, Fray Luis le invitaría a dar un paseo por las orillas del Tormes. El agua del río, los pájaros, los chiquillos jugando a lo lejos... Había una música sublime. Fray Luis hacía de *lazarillo* del ciego. Al volver, en el camino hacia arriba, el sol se hundía en los lejanos campos verdes. Aparecían los primeros luceros. Fray Luis levantaría la cabeza y hablaría de aquella música, celeste, trascendental.

*Traspasa el aire todo
hasta llegar a la más alta esfera,
y oye allí otro modo
de no perecedera
música, que es la fuente y la primera...
...Aquí el alma navega
por un mar de dulzura, y, finalmente,
en él ansí se anega,
que ningún accidente
extraño o peregrino oye o siente...*

El ciego no necesitaba levantar su cabeza. Oía en silencio.

Paz, paz, paz... Era el anhelo de siempre que ahora raras veces conseguía.

IV

(1572)

No pretendemos hacer un estudio histórico a fondo para establecer una verdad que todavía creemos que no se ha aclarado. Hay demasiada pasión en los documentos conservados y los autores modernos no han sabido inmunizarse contra ella.

A Fray Luis de León se le ha considerado desde dos vertientes opuestas y es difícil ascender hasta el vértice común para lograr una síntesis objetiva histórica y psicológicamente. Para algunos es el místico sufrido e injustamente perseguido, víctima constante de la injuria y de la envidia: en su boca el panegírico. Para otros—los menos—es el hepático irascible, tremendamente impresionable, víctima justa de sí mismo. El agustino Padre Francisco Blanco escribe una biografía que, aun dentro del sentido crítico moderno, suena a panegírico. Inmediatamente le da la réplica el dominico Padre Luis G. Alonso Getino con otra de tintas fuertes en cada línea dedicada a sus defectos. Las fuentes son de uno u otro bando y están, por consiguiente, viciadas en su origen. La oscuridad sigue en pie.

Creemos, sin embargo, que la posición ecléctica—y no por ser la más fácil y cómoda—es la más real. Fray Luis de León fue hombre de indudables defectos y pasiones, de una naturaleza fuerte, impresionable, colérica. Sus enemigos no siempre procedieron con mala intención. En un ambiente de demasiadas prevenciones y pre-

juicios, las ideas originales y casi revolucionarias del mismo Fray Luis hubieron de chocar con caracteres fuertes e irascibles como el suyo. León de Castro, por ejemplo. Saltó la chispa y quedó el rescoldo—profundamente humano—que se avivaría al más ligero soplo.

Para Domínguez Berrueta—panegirista—los acusadores de Fray Luis se pueden catalogar en tres tipos: Fray Bartolomé de Medina, “el denunciante de buena fe que ataca y combate por cuestiones de doctrina y escuela; además es hombre documentado y docto”; León de Castro, “el envidioso profesional, que defiende su inferioridad como puede y roe los zancajos del enemigo por no alcanzar a roer más arriba”; y el agustino Fray Gabriel de Montoya, “el enemigo personal que aprovecha la ocasión como un ventajista”. Sin embargo, en el otro extremo, el Padre Getino no cree siquiera que hubiese acusadores.

Lo que nadie puede ya negar es que en la acre discusión que precedió y continuó con el proceso y encarcelamiento de Fray Luis, éste tenía razón. Y esto nos basta. Fray Luis vio la verdad, aun en contra del ambiente y de la legislación de su tiempo. La defendió con calor; a veces, con ira. El aire se estremeció con sus voces que sonaban a heréticas y se le procesó. El mismo retardó la sentencia al reclamar impacientemente las declaraciones de testigos y más testigos, aumentando el papeleo, ya de por sí demasiado lento. Al fin, se vio que no había errores en él. Hoy adivinamos que tenía razón.

Era Fray Luis de esos raros y grandes hombres para los que, ante el empuje de la verdad, no existen los muros ni de la tradición ni de la costumbre. San Ignacio es un innovador, un revolucionario en la concepción de la vida religiosa, del apostolado, la enseñanza y la vida ascética en general, en el siglo xvi. Apenas pasa él, gran parte de sus seguidores se aferran a lo que entonces él impuso y al cabo de unos cuantos siglos tienen el gran peligro de ser demasiado tradicionales, costumbreros. Ser hoy ignaciano no será quedarse con él en las costumbres aquellas, sino tener su vigor para

revolucionar las nuestras como él revolucionó las de su tiempo.

El pecado de Fray Luis fue no dejarse arrastrar por la corriente de su época en la interpretación de las Sagradas Escrituras. Sonaba a herético y a chisporroteo de Inquisición todo lo que favoreciese en alguna manera la versión o interpretación hebrea. Había que aceptar la *Vulgata* en todos y cada uno de sus detalles, aun los más externos y meramente verbalísticos. No vamos a entrar en detalles técnicos. Digamos únicamente que el Concilio de Trento había aprobado como traducción oficial la *Vulgata*, sin que ello quisiese significar que la traducción de San Jerónimo fuese, en todos los detalles de la forma literaria, perfecta.

La ocasión vino con la corrección de la *Biblia de Vatablo*. Era ésta una edición de las Sagradas Escrituras, publicada en 1545 dentro del campo protestante, aunque sobre las explicaciones de Vatablo, profesor católico de la Universidad de París. En 1569 un tipógrafo español pide licencia al Consejo de la Inquisición para reimprimirla con las enmiendas necesarias. El Santo Oficio nombró una comisión de la Universidad de Salamanca con este fin. La constituían, entre otros, León de Castro y Fray Luis de León. La guerra había comenzado.

Unos días en el hospital del Estudio y otros en casa del maestro Francisco Sancho, que presidía las sesiones, los dos catedráticos fueron fijando posiciones, con una indudable buena voluntad original, según sus criterios, pero con demasiado fuego en la forma. León de Castro era un gran he-lenista. Fray Luis hebraísta. Esto—todo lo que tuviese sabor judío—era más peligroso. Y lo malo es que Fray Luis no parecía percatarse de ello.

Grajal y Martín Martínez Cantalapiedra formaban bando con nuestro agustino. Un día el río salió de madre. León de Castro había trabajado día y noche, con empeño paternal en unos *Comentarios a Isaías*, en los que acusaba con vehemencia a los hebraístas. En lo más agrio de la discusión, Fray Luis gritó que “le había de hacer quemar un libro que imprimía sobre Isaías y le retó de voz y le dijo muchas veces que era ruin hombre”. Castro montó en cólera.

Le habían tocado su punto flaco. Con ira contestó inmediatamente que “primero prendería él fuego en sus orejas y linaje”, refiriéndose con esto a la supuesta descendencia judía que se atribuía a Fray Luis (*). Era el año 1569.

Al año siguiente salen a la luz los *Comentarios a Isaías*. El fracaso es ruidoso. Casi no se venden y León de Castro tiene que cargar con sus queridísimos ejemplares que nadie quiere para sí. Sospecha que las discusiones con los hebraístas son la causa principal del poco éxito. Aumentan las flamaradas. Poco después, llega a Salamanca Fray Bartolomé de Medina, dominico de mucho saber y amante en extremo de la tradición y la costumbre. Los tradicionalistas le reciben como abanderado. En julio de 1571 redacta 17 proposiciones que “según se cuenta tienen sus partidarios en Salamanca”. No se citan nombres, pero se habla de los hebraístas. Cinco meses después, las proposiciones llegan al Consejo de la Suprema Inquisición. Ha comenzado el proceso que daría con el pobre Fray Luis en las cárceles del Santo Oficio.

Es increíble la credulidad de Medina para transcribir lo que fueron diciendo estudiantes y hombres de poca monta, ya que así fue como se informó para redactar estas proposiciones. Varias de ellas ni Fray Luis, ni Grajal, ni Martínez Cantalapiedra llegaron jamás a imaginarlas, al menos de la manera que las expresa Medina. En las primeras, sobre todo, se insiste en la traducción, a la lengua vulgar, de la Sagrada Escritura y, especialmente, del *Cantar de los Cantares*. ¿Qué había pasado con la que hizo Fray Luis?

Ante todo hay que confesar que transgredió una legislación civil y eclesiástica—desde el aspecto jurídico no interesa si razonable o no—que prohibía esas traducciones a lenguas romances. Las últimas disposiciones fueron probablemente las de los Reyes Católicos y la de Paulo IV en 1559.

(*) El bisabuelo del insigne agustino estuvo casado con Leonor Villanueva—que fue procesada y admitida a reconciliación en 1511; no así los abuelos de ésta, cuyos cadáveres fueron quemados en 1492—, pero fue en segundas nupcias y cuando ya había nacido Gómez de León, hijo de su primera mujer y abuelo de Fray Luis. (BLANCO: *Fr. Luis de León*, pág. 29). No hubo, pues, tal parentesco.

Decía el Papa: “De ninguna manera se pueden imprimir o leer o tener, sin licencia por escrito del Santo Oficio de la Inquisición de Roma, ninguna de las Biblias traducidas en lengua vulgar.”

En el caso de Fray Luis la falta se agrava por tratarse del libro más peligroso y con destino no a un varón docto, sino a una religiosa que, por muchas prendas de espíritu que poseyera, no podía merecer la confianza de los tribunales. Consciente, sin embargo, de la delicadeza del asunto, Fray Luis, que probablemente comenzó el trabajo con muchas reservas, pero que se fue entusiasmando con él—era ante todo poeta—, a medida que le iba realizando, tomó al acabarlo las mayores precauciones para evitar posibles peligros.

Había sido una empresa de carácter privadísimo. Hace una copia manuscrita. Se la envía a Sor Isabel Osorio. Apenas la ha leído la religiosa, Fray Luis la recoge. Lo que sigue raya en lo increíble y entra dentro de esas inexplicables complicaciones con las que Dios castiga o prueba, bendice o reprende a los hombres. Fray Diego de León, un estudiantillo de unos quince años—“impertinente charlatán”, le llama Coster—, encargado de la limpieza de la celda de Fray Luis, encuentra un día la copia, la lee y día a día logra una transcripción. Se divulga. Llega hasta América. Un día recibe Fray Luis una felicitación desde Portugal. Es del doctísimo Francisco Foreiro, dominico, que había estado también en Trento. El maestro se da cuenta del peligro, ya irremediable. ¿Debió entonces haberse presentado él mismo, como sugiere Getino, al Tribunal de la Inquisición? ¿Hasta qué punto se sentía culpable? Recoger los ejemplares, multiplicados por toda la Península y hasta por América, era cosa imposible. Fray Luis esperó. Y, a la verdad, que no debió parecer tan grave su culpa, cuando hubieron de transcurrir once años para que alguien se acordara de denunciarla, conociéndose, como se conocía, en muchos centros de gran importancia teológica.

Las proposiciones de Medina se devolvieron al Comisario de Salamanca, que estaba a las órdenes del Consejo Inquisitorial de Valladolid. En las declaraciones que tomó

sallieron malparados Grajal y Martínez Cantalapiedra y fueron encarcelados por sospechosos de herejías y el primero, además, porque sus doctrinas "apuntan a judaizar, por ser, como es, nieto de un judío preso por este Santo Oficio".

Los acontecimientos se precipitan. El Inquisidor de Valladolid, Diego González, se constituye juez instructor en Salamanca. Comienza sus investigaciones. Publica edictos y llama a declarar mañana y tarde. Pronto se le presenta León de Castro. Es el primero que nombran los procesos al hablar de Fray Luis. En contra de lo que cree el Padre Getino, parece bastante evidente que hubo acusadores y que el "aquí la envidia y mentira" pudo tener algún fundamento. Las acusaciones fueron tales, que ese mismo documento, fechado el 15 de marzo de 1572, acaba diciendo: "Y por esto, es mi voto y parecer que el dicho Fray Luis de León sea preso y traído a las cárceles del Santo Oficio para que con el fiscal se siga su causa."

El 30 de aquel mismo mes, Fray Luis ingresaba en la cárcel. Religioso, sacerdote, sabio... ¡presidiario! Cervantes, San Ignacio, San Juan de la Cruz... fueron bebiendo la luz grande de las mazmorras, que iluminaron lo más hondo del alma.

V

(1572-1577)

"Que ha casi cuatro años que estoy preso por las sospechas que pusieron sobre mí los dichos hombres, notorios enemigos míos... Suplico a Vuestra Señoría sea servido, dando yo fianza suficiente, mandarme poner en un Monasterio de los que hay en esta villa, aunque sea en San Pablo, hasta la sentencia de este negocio, para que, si en este tiempo el Señor me llamare, lo cual debo temer por el mucho trabajo que paso y por mis pocas fuerzas, muera como cristiano, entre personas religiosas, ayudado de sus oraciones y recibiendo los sacramentos, y no como infiel, solo en una cárcel y con un moro a la cabecera... Vuestra Señoría quiera darme este bien y descanso, porque ninguna otra cosa deseo ni pretendo ya, y esto es la misma verdad" (26).

Entre su prisión y este testimonio conmovedor, está, a golpe de yunque y de dolor, toda la purificación de Fray Luis y su subida hasta la cumbre. Es un proceso hermosísimo, profundamente humano y dramático a través de altibajos, de asperezas y pasiones, de lentitud oficinesca. Hay un alma gigante que lucha tercamente contra los muros y las rejas del calabozo para caer, al fin, extenuada sobre sí misma y adentrarse por su interior en busca del mundo que se la negaba fuera. A esta injusta, pero bendita cárcel de Valladolid, debemos los españoles y los cristianos y los enamorados todos del arte y de los hombres, el mejor libro que se escribió en nuestro lenguaje después del Quijote, y probablemente varias de las mejores poesías de nuestro primer poeta lírico. Sobre estas bienaventuradas losas cayó vencida el alma de Fray Luis, su soberbia, y, resucitando de esa muerte, tuvo alas para remontar el vuelo más sosegado, más puro, más helénico de toda nuestra literatura. Aquí nacieron *Los nombres de Cristo*. En estas noches oscuras aprendería a anhelar la *Noche Serena*... ¡Aquí se hizo grande el alma de Fray Luis de León!

El primer golpe fue seco, durísimo. Cuando a un hombre libre se le aprieta entre los cuatro muros de un calabozo, sobre todo, cuando tiene conciencia de su honradez, se debe sentir aplastado entre esas mugrientas paredes. Un sabor a muerte próxima le subirá hasta la boca. Allí se acaba la vida. Empieza una noche que sólo podrá prolongarse con la muerte. Fray Luis era un presidiario, y, además, por sospechoso de herejía.

Al día siguiente, después de una noche que transcurría lentísima, en continua oración, Fray Luis, con el presentimiento de la muerte, escribió, en aire de testamento y confesión:

"Jhs. Porque no sé lo que Dios será servido ordenar de mí, ni cuándo ni cómo querrá Su Majestad llamarme, para descanso de mi conciencia, quise poner aquí las cosas siguientes:

"Lo primero, yo protesto delante de la Majestad de Dios y de mi Redentor Jesucristo, universal Señor y Juez de los vivos

y los muertos, y en presencia de sus Santos Angeles, que vivo y muero, viviré y moriré en la fe y creencia que tiene y cree la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica, Romana, a cuya santa doctrina, como a doctrina verdadera y enseñada por el Espíritu Santo, sujeto todo mi seso y entendimiento, con ánimo cierto y deseoso de morir por la confesión y defensión della todas las veces que se ofreciere ocasión.

“Lo segundo, confieso delante del cielo y de la tierra, que el tiempo de mi vida, que recibí de la mano de Dios para conocelle y amalle, y una multitud de gracias y mercedes que en el discurso della he recibido del mismo para el mismo propósito, todo lo he perdido y mal empleado, viviendo como hombre sin ley, lleno de ingratitud y fealdad, y de infinitos pecados, graves y enormes, por los cuales confieso que merezco debidamente muchos infiernos, sin haber de mi parte cosa que me valga ni me disculpe. Los cuales, así como los tengo confesados a mis confesores, los confieso ahora en este papel con entrañable dolor; y si me faltare lengua para pedillo, por este papel pido a cualquiera de mis confesores que se hallare presente al tiempo de mi muerte, que me absuelva de todos ellos, porque desde ahora para entonces digo que yo les confieso todo lo que a cualquiera dellos tengo en diversas veces confesado; y me acuso gravemente de todo, ahora por entonces y entonces por ahora; y como reo que conoce su culpa, y puesto delante del tribunal de Cristo, Señor y juez supremo se acusa della, postrado por el suelo, pido y suplico a la majestad de su grandeza que, como es juez para juzgarme, se acuerde que es también hermano mío dulcísimo y blandísimo para haber misericordia de mí y perdonarme. Ante el cual, así como conozco y confieso la multitud y gravedad de mis culpas, así para descargo dellas ofrezco y presento el tesoro y valor infinito de su sangre, de su bendita pasión, de sus divinos y riquísimos méritos, los cuales quiero por su divino don que sean míos; y creo en él y espero en él, y le amo sobre todas las cosas; en quien sólo mi corazón, aunque más pecador que ningún otro hombre, confía y descansa.—Fray Luis de León.”

Después pidió que le trajeran: “una imagen de Nuestra Señora o un Crucifijo de pincel. Las *Quinquagenas* de San Agustín. El tomo de sus obras donde están los libros *De doctrina christiana*. Un San Bernardo. Un Fray Luis de Granada, *De oración*. Unas disciplinas... También, si sus mercedes fuesen servidos, torno a suplicar se me dé un cuchillo para cortar lo que como; que por la misericordia de Dios se me puede dar: que jamás deseé la vida y las fuerzas tanto como ahora, para pasar hasta el fin con esta merced que Dios me ha hecho, por la cual yo le alabo y bendigo.—Fray Luis de León.”

Los inquisidores le concedieron lo que pedía y el 15 de abril le llamaron por vez primera a declarar. Se le preguntó si sabía la causa por la que estaba encarcelado. Y dijo “que muchas cosas se le habían ofrecido a la imaginación después questá preso”.

Por su imaginación pasarían febriles en aquellos primeros días, Medina y Castro, Grajal y Cantalapiedra, los estudiantes y la cátedra y el primer día que se atrevió a decir que la *Vulgata* traducía aquel texto de una manera oscura y con menos fuerza que el original hebreo... A todas y cada una de estas cosas les preguntaba: “¿Por qué estoy yo aquí? ¿Dónde está mi proximidad con la herejía, mi parentesco con los luteranos...?”

El 18 presenta un escrito en el que expone humildemente todo lo que en la rebusca por la memoria le ha parecido que pudiera ser causa de aquella situación.

El proceso entra en una fase lenta de réplicas y contrarréplicas. Fray Luis escribe folios y folios exponiendo su inocencia, profesándose católico, apostólico, romano, hijo humilde de la Iglesia. Todo inútil. Don Gregorio Mayáns y Siscar hizo en 1855 un *extracto* del proceso de Fray Luis para la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneira. En el volumen, a dos columnas y con muy pequeña tipografía, este sucinto *extracto del proceso* ocupa nada menos que cien de sus grandes páginas. Toda su vida universitaria, todas sus discusiones, todas las comisiones en que intervino, las saca otra vez Fray Luis ante los ojos inquisitoriales

para que examinen si allí hay algo heterodoxo.

"Si saben, oyeron decir..., que en una junta de maestros teólogos, el año 71..., tratando de cosas tocantes al catálogo... el Maestro Fray Luis de León, diciendo su parecer, dijo..."

"Y agora, recorriendo más la memoria, me acuerdo que se procedió en la enmienda de la dicha Biblia, desta manera..."

"Un día me acuerdo que los estudiantes que estaban apartados en mi cátedra hicieron señal que alzase la voz porque estaba ronco y no me oían bien y yo dije entonces: "Estoy ronco y mejor es decillo paso, porque no nos oigan los señores inquisidores." No sé desto se ofendió alguno."

"Si por los disparates que los discípulos colligen cada día de las doctrinas sanas de sus maestros, por razón de su poco saber y entender, hacen vuestras mercedes sospechosos a los maestros, desde luego pueden prender a cuantos enseñan Teología en el Reino..."

"En el tiempo que yo escribía los cuolibetos que hice para graduarme, entró un día este fraile en mi celda, como entraban otros, y hallóme que tenía en las manos el primero de los cuolibetos y preguntóme lo que era..."

El 14 de mayo de 1573 presenta "una amplia defensa" de extraordinaria longitud. Los meses que siguen suponen quizá el momento crítico de la evolución de Fray Luis. Lleva un año de cárcel. Hace un esfuerzo supremo por romper la prisión. Escribe varias respuestas y peditos cada semana. Trabaja febrilmente. Todo fracasa y al rescoldo de este fracaso comienza a hacerse la paz. También estaba Dios en la cárcel y también allí se contemplaba la hermosura del mundo. Se le despegaba el alma de la tierra como la carne curada de una venda sucia que hay que tirar lejos. Y así, en la desnudez de su meditación sin las cosas, se le fueron oreando y sanando todas las llagas.

Parece increíble que aquel hombre que tanto sufrió en la cárcel y de tal mane-

ra procuraba librarse de ella, pudiera escribir, años después: "Tal reposo y tal alegría disfrutaba yo entonces que muchas veces las echo de menos ahora que he recobrado la libertad y el placer de comunicar con las personas que me son más caras."

Como en la mazmorra que albergó a Juan de la Cruz, se ha hecho un rompiente de divina claridad y hermosura. Hay momentos de optimismo creador, de paz, de serenidad. El cúmulo de conocimientos teológicos sobre Jesucristo se va haciendo arquitectura en meditaciones silenciosas. Fuera, no sabe si luce o no el sol, ni si ya han florecido los árboles. Sin embargo, recuerda los momentos de su noviciado, de su vida estudiantil; los paseos a *La Flecha*.

Hubo un día de calor que marchó allá con dos hermanos. Uno de ellos era un chiquillo alegre, entusiasta, con visos de poeta. Le bullía dentro una vida multicolor. Ahora será ya sacerdote, gran predicador o letrado... ¡Con qué entusiasmo charlaron de Jesucristo, sin saber casi nada, científicamente, de El...! Pero, al fin y al cabo, era un ideal al que habían sacrificado vida y juventud... La luz radiante del día se había hecho palabras...

Ahora rebrota una sugerencia que está queriendo salir desde hace mucho tiempo. Todo ese cúmulo de conocimientos actuales ¿por qué no verterlo en un cauce lírico, campestre, como el de aquel día?... El cuerpo se le cansa. Debe de ser muy de noche. Queda en oración, y luego duerme.

De amanecida la idea vuelve con mucha fuerza. No le deja en varios días. En la fantasía se va gestando la obra. Al fin, una tarde comienza a escribir sobre una mesa improvisada, sucia, presidiaria:

"De las calamidades de nuestros tiempos, que, como vemos, son muchas y muy graves..."

Pero ya no hay hiel ni bilis.

"Y aunque me conozco por el menor de todos los que, en esto que digo, pueden servir a la Iglesia, siempre la desearé servir en ello como pudiese; y con-

F. L V Y S I I
 LEGIONENSIS AV-
 GVSTINIANI DIVINO-
 rum librorum primi apud Sal-
 manticensis interpretis,
 IN CANTICA CANTICO-
 rum Salomonis explanatio.

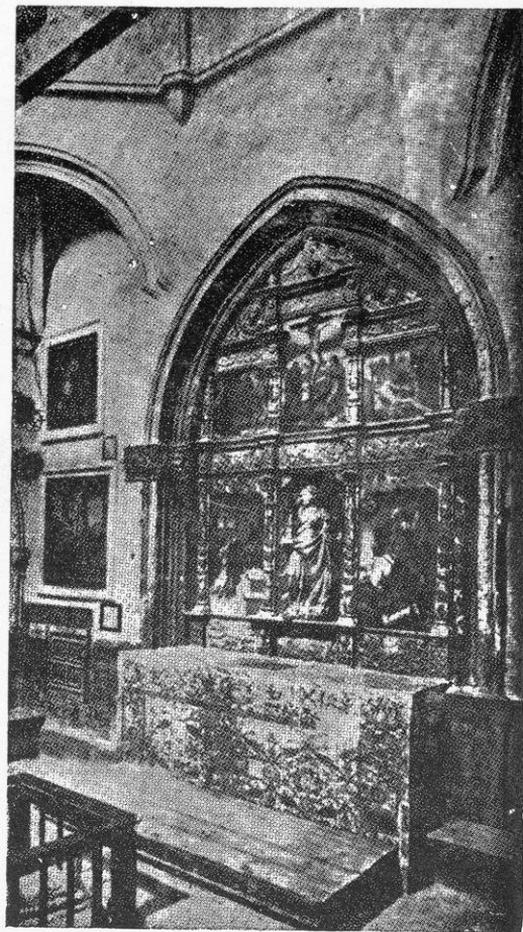
*Secunda editio ab ipso auctore recognita, &
 purior à mendis quam prima.*



SALMANTICAE,
 Excudebat Lucas à Iunta. Anno

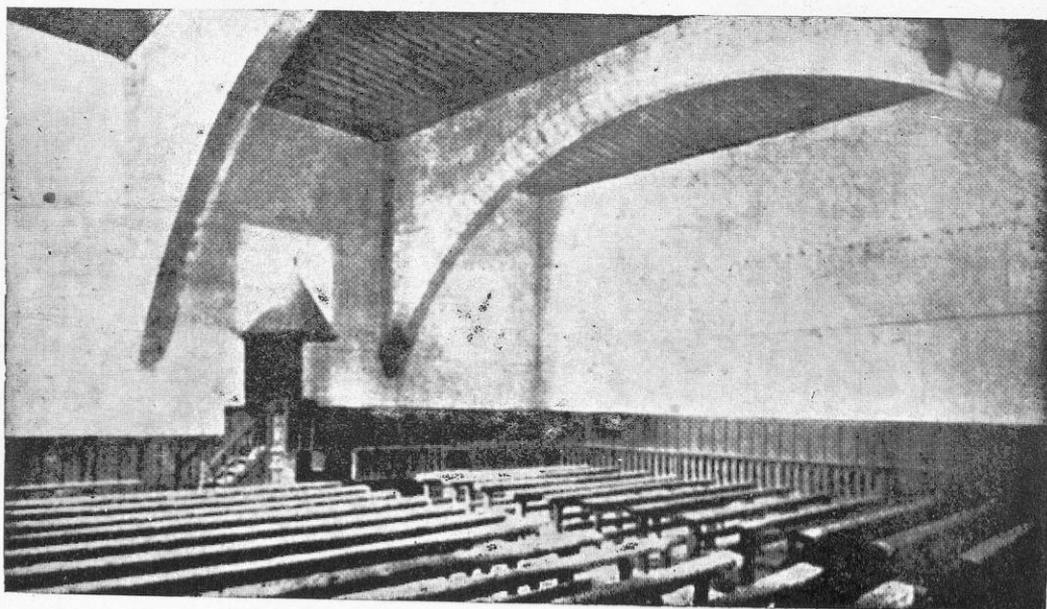
1582.

CVM PRIVILEGIO.



Portada del «Cantar de los Cantares»

Catedral Vieja. Capilla de Santa Bárbara



Aula de Fray Luis en la Universidad de Salamanca



Patio de las Escuelas Menores en Salamanca



Estatua de Fray Luis en Salamanca



EL M. FR. LUIS DE LEON.

mi poca salud y ocupaciones no lo he hecho hasta ahora. Mas ya que la vida pasada, ocupada y trabajosa me fué estorbo para que no pusiese este mi deseo y juicio en ejecución, no me parece que debo perder la ocasión de este ocio, en que la injuria y mala voluntad de algunas personas me han puesto; porque, aunque son muchos los trabajos que me tienen cercado, pero el favor largo del cielo, que Dios, Padre verdadero de los agraviados, sin merecerlo me da, y el testimonio de la conciencia en medio de todos ellos han serenado mi alma con tanta paz, que no sólo en la enmienda de mis costumbres, sino también en el negocio y conocimiento de la verdad veo ahora y puedo hacer lo que antes no hacía...

"... Pues a este propósito me vinieron a la memoria unos razonamientos que, en los años pasados, tres amigos míos y de mi Orden, los dos de ellos hombres de grandes letras e ingenio, tuvieron entre sí por cierta ocasión, acerca de los Nombres con que es llamado Jesucristo en la Sagrada Escritura; los cuales me refirió a mí, poco después el uno de ellos, y yo por su cualidad no los quise olvidar."

Estamos en la plenitud genial de Fray Luis de León. Hay en los *Nombres de Cristo* una fusión de filosofía—aquí la más sublime, la teología—y lirismo, de ciencia y arte, de pensamiento y forma, como quizá no se había logrado desde los diálogos de Platón o, en otro estilo más épico, desde la *Divina Comedia*, del Danté. El Padre Félix García ha hecho un paralelo con el Monasterio del Escorial. Está bien. Pero hay más dulzura en los *Nombres de Cristo*.

A propósito de los Nombres del Redentor—Pastor, Rey, Pimpollo, Príncipe de la Paz, Esposo, Cordero, Hijo...—se va volcando todo el contenido del tratado teológico *De Verbo Incarnato*. Pero sin sequedad escolástica. En un lenguaje culto, serio—no es la alegría folklórica de Santa Teresa—, pero empapado en lirismo y naturaleza. "Su prosa—dice el citado P. Félix García—, tan artística y elaborada, sin artificio, tiene pulpa y morbidez; tiene la

ondulación de las aguas movidas por astrales influencias y por la benignidad de vientos propicios. Es una prosa hecha de espíritu y de carne, de luz y sonido, que hay que gustarla con lento paladeo, que está hecha para ser gozada a la vez con los ojos, con el gusto, con el olfato; nos invita al tacto y a la audición musical. Es un puro recreo del espíritu."

La fresca y verde descripción de *La Flecha* nos envuelve en naturaleza desde la primera línea. Esta página se escribió en una cárcel y eternamente pacificará y refrescará la fiebre de nuestros espíritus.

"Era por el mes de junio, a las vueltas de la fiesta de San Juan, a tiempo que en Salamanca comienzan a cesar los estudios, cuando Marcelo, el uno de los que digo..., después de una carrera tan larga como es la de un año en la vida que allí se vive, se retiró como a puerto sabroso a la soledad de una granja que, como V. M. sabe, tiene mi monasterio en la ribera del Tormes; y fuéronse con él por hacerle compañía y por el mismo respeto, los otros dos. Adonde habiendo estado algunos días, aconteció que una mañana que era la del día dedicado al Apóstol San Pedro, después de haber dado al culto divino lo que se le debía, todos tres juntos se salieron de la casa a la huerta que se hace delante de ella.

"Es la huerta grande, y estaba entonces bien poblada de árboles, aunque puestos sin orden; mas eso mismo hacía deleite a la vista, y sobre todo, la hora y la sazón. Pues entrados en ella, primero y por un especio pequeño, se anduvieron paseando y gozando del frescor; y después se sentaron juntos a la sombra de unas parras y junto a la corriente de una pequeña fuente, en ciertos asientos. Nace la fuente de la cuesta que tiene la casa a las espaldas, y entraba en la huerta por aquella parte y corriendo y estropezando, parecía reírse. Tenían también delante de los ojos y cerca de ellos una alta y hermosa alameda. Y más adelante, y no muy lejos se veía el río Tormes, que, en aquel tiempo, hinchendo bien sus riberas, iba torciendo el paso por aquella vega. El día era sosegado y purísimo y la hora muy fresca. Así que

asentándose y callando por un pequeño tiempo, después de sentados, Sabino, que así me place llamar al que de los tres era el más mozo, mirando hacia Marcelo y sonriéndose, comenzó a decir así...

Fray Luis de León se recrea en la dulce apacibilidad de aquella finca, ahora tan lejana. Y en la *Introducción* al libro segundo, vuelve a detenerse y a paladear todo su encanto.

Es imposible siquiera intentar una síntesis de esta obra preñada de ciencia y poesía. En nuestro mundo nervioso, casi histérico, de novela amarga y de bajos fondos, puede haber quien tenga incapacitado el paladar para saborear un humanismo tan hondo y soberanamente equilibrado. Quizá haya también quien emborrachado con la chillonería de una música de *jazz*, ni puede pacificar el alma con el optimismo hondo y sencillo de la *Pastoral* de Beethoven. Léase, por ejemplo, el nombre de *Pastor* y, a pesar del convencionalismo literario en la concepción de la vida pastoril, se encontrará en sus páginas las mismas resonancias de la sinfonía del genio alemán. El sufrimiento de Beethoven se diluyó ante la hermosura de la naturaleza que Dios hizo hermosa y que él no oye. Y nos dio un mundo de pájaros y agua, de sol y de hojas verdes, de prados y bailes pueblerinos. Fray Luis sufre también y también descansa en la visión optimista—superación del arte—de una naturaleza que es hermosa, aunque él no la vea. En los dos hay una visión teocéntrica, sin la cual no hay optimismo posible. En Fray Luis, naturalmente, mucho más explícita. En el centro de esa naturaleza está Jesucristo, dándole vida y belleza: "Vive en los campos Cristo (¡Qué hermosa sencillez la de esta frase cargada de sugerencias!). Vive en los campos Cristo y goza del cielo libre y ama la soledad y el sosiego; y en el silencio de todo aquello que pone en alboroto la vida, tiene puesto El su deleite..."

Era el ideal religioso y el arte los que habían conducido al Maestro a la paz. ¡La paz! Al fin, la respiraba a pleno pulmón. No siempre, naturalmente, pues no es patrimonio de esta vida. Tiene que seguir

declarando ante los tribunales y el fiscal repite acusaciones híbridas que sabe Dios de qué muladar salieron. Pero ya conoce la paz. Han sido más de cincuenta años de penosa lucha, que, al fin, han dado su fruto... en una cárcel. Fray Luis es ya el poeta de la noche serena. La lírica ha subido aquí al último peldaño y está sola, depurada, desnuda, con los ojos y los brazos levantados hacia las estrellas como en un impulso nostálgico y esperanzado de vuelo.

"Y tornó luego a callar. Y, descansando y como recogiendo todo en sí mismo, por un espacio pequeño, alzó después los ojos al cielo, que ya estaba sembrado de estrellas, y teniéndolos en ellas como enclavados, comenzó a decir así:

"Cuando la razón no lo demostrara ni por otro camino se pudiera entender cuán amable cosa sea la paz, esta vista hermosa del cielo que se nos descubre ahora, y el concierto que tienen entre sí aquestos resplandores que lucen en él, nos dan de ello suficiente testimonio. Porque ¿qué otra cosa es sino paz esto que ahora vemos en el cielo, y que con tanto deleite se nos viene a los ojos?..."

Aquí está ya el otro elemento de la inspiración de Fray Luis: una infinita nostalgia del cielo. Ya sabe lo que da de sí la vida. Y espera. Son las mismas ideas y sentimientos que crearon sus mejores poesías líricas. Desconocemos las fechas de éstas y preferimos hacer más tarde una ligera síntesis de ellas. Pero probablemente "se le empezaron a caer de las manos" entre las rejas de la cárcel. "Con la cual región [el cielo] si comparamos este nuestro miserable destierro, es comparar el desasosiego con la paz, y el desconcierto, y la turbación, y el bullicio, y disgusto de la más inquieta ciudad, con la misma pureza y quietud y dulzura. Que aquí se afana y allí se descansa; aquí se imagina y allí se ve; aquí las sombras de las cosas nos atorizan y asombran, allí la verdad asosiega y deleita. Esto es tinieblas, bullicio, alboroto; aquéllo es luz purísima en sosiego eterno".

Alternaba su íntima vida religiosa con la literatura y con su propia defensa. Cuando

era requerido por el tribunal, solía contestar por escrito para mayor precisión. El mismo escogió como patrono de su causa al P. Mancio, sabio teólogo, en posesión de la cátedra más importante, la de *Prima de Teología*. Su fallo dio una vuelta casi completa al proceso. El último pedimento de Fray Luis lleva fecha 26 de septiembre de 1576. Probablemente no volvió a escribir para su defensa. La dejó a Dios. La sentencia fue un año después, el 7 de diciembre de 1577. Cinco años y medio en el presidio y, al final de ellos:

“Visto este proceso que nos ha pendido y nos pende... y habiendo sobre todo ello nuestro acuerdo y deliberación con personas muy graves y de muchas letras y rectas conciencias, *Christi nomine invocato*, fallamos, atento los auctos e méritos del dicho proceso, que debemos de absolver y absolvemos al dicho maestro Fray Luis de León de la instancia de este juicio”.

Se le mandaba recoger la traducción del *Cantar de los Cantares* y ser prudente en conversaciones y disputas. Era libre. Podía volver a ver el cielo azul.

VI

(1577-1591)

Aquí la envidia y mentira
me tuvieron encerrado.
Dichoso el humilde estado
del sabio que se retira
de aqueste mundo malvado,
y con pobre mesa y casa,
en el campo deleitoso,
con sólo Dios se compasa,
y a solas su vida pasa
ni envidiado ni envidioso.

El día 7 se firmó la sentencia. El 15 debió de salir de la cárcel. El 30 entró en Salamanca.

Fue una tarde triunfal con algo de Domingo de Ramos y de Domingo de Resurrección. También era domingo. Un testigo ocular nos ha dejado escrito: “Entró... con atabales, trompetas y gran acompañamiento de caballeros, doctores, maestros, etc...” Y añade Fray Juan Quijano, que trató personalmente a Fray Luis: “no quedó persona,

ni en la Universidad ni en la ciudad, que no le saliese a recibir”.

Las humillaciones y el dolor de aquellos casi seis años, se quemaban en el triunfo de hoy. El rector convocó a Claustro Pleno. Con gran solemnidad entró el comisario del Santo Oficio y “asentado en su lugar y asiento —narran las *Actas*— dijo e significó a la dicha Universidad cómo el dicho señor maestro Fray Luis de León traía de los señores del Santo Oficio su entera libertad, atento lo que los dichos señores tenían proveído e mandado e mandaban que fuese restituido y se le restituyese su honor e honra enteramente en la cátedra que tenía al tiempo que por los dichos señores del Santo Oficio fue preso y detenido, con todos los derechos a ella pertenecientes y que sus mercedes provocaban en ello... Y luego el señor rector, en respuesta de la buena nueva del dicho señor comisario del Santo Oficio, dijo que la Universidad avía holgado ynñito con la buena venida del dicho señor maestro y alababa a Nuestro Señor por la grande y señalada merced que a la Universidad ha hecho...”

¿Qué opinarían ahora León de Castro, Medina...? Cuando entró el ex presidiario, su pequeño cuerpo estaba aviejado, enflaquecido, pálido... Erguido y noble, parecía, sin embargo, domado por los años y el dolor.

Como se había cumplido el cuatrienio de su cátedra, la Universidad había convocado oposición a ella, que ganó un benedictino. En la cédula que traía Fray Luis se mandaba que se le devolviese. Otro conflicto. Por los escaños se inquietaba una malsana expectación ante la conocida irritabilidad del agustino cuando se lesionaban sus derechos. Pero ya era otro. El rector le concedió la palabra. Cuando se levantó, su voz era mansa: “El cual alabando entre todas cosas a Nuestro Señor por la merced tan señalada que le ha hecho, dixo que no obstante que los señores del Santo Oficio le han retituydo en su honor e honra e cátedra que teyéndola como la tiene, el Padre Maestro Fray García del Castillo, abad de la orden de San Benito, la da por bien empleada, e aunque se le da derecho pa que la pida e se la restituya, él se aparta del derecho que a ella tiene pa no la pedir ni demandar ago-

ra ni en tiempo alguno a quien la tiene presente y pide y suplica a la Universidad que en otra forma se le haga la merced que ubiere lugar.”

Había en sus palabras un recuerdo amargo del fruto que cosechó en sus trabajos de la Universidad. Ya había escrito en la cárcel, en un momento de depresión: “Y aunque es verdad que yo no tengo deseo ni intento de tratar más de escuelas, habiendo trabajado en ellas tan bien como mis concurrentes, y habiendo sacado por ocasión dellas y de sus competencias el trabajo en que estoy...”

Sin embargo, era su deber y, probablemente, el mandato explícito de sus superiores. La Universidad le concedió que “leyese” provisionalmente dos tratados de teología mientras se presentaba a oposición. El día 29 de enero de 1577 empezó una nueva clase con una *lectio brevis* en la que tendríamos que encajar el, casi ciertamente legendario, “Decíamos ayer...”

Algo más de un año tardó en producirse una vacante. Fue la de Filosofía Moral. Fray Luis la gana en propiedad. Tiene un sólido prestigio. Puede avanzar más. Al año siguiente consigue la de Sagrada Escritura en competencia con el dominico Fray Domingo de Guzmán, hijo de Garcilaso de la Vega. Alrededor de las oposiciones hubo el revuelo de siempre. Fray Luis, además, había ganado simpatías entre los estudiantes con su aureola de martirio. Un apasionado del maestro echó a la calle, como una octavilla de propaganda electoral, unos versos ripiosos, pero bastante originales. Se titulaban *La bella malmaridada*, que es, naturalmente, la cátedra:

Luis y Mingo pretenden
casarse con Ana Bella;
cada cual pretende habella,
más según todos entienden,
muere más Luis por ella...

Domingo de Guzmán, por su parte, escribió una glosa satírica a la décima “Aquí la envidia y mentira”, que Fray Luis compuso, estando ya en libertad y no en las paredes de la cárcel, como suele afirmarse.

Sentía pisar terreno firme. La misma solución favorable de su proceso le daba ma-

yor confianza en sus propias convicciones. Procuraba, no obstante, ser prudente. Sin embargo, a los cinco años de su liberación todo su ser volvió a estremecerse: una nueva citación del Santo Oficio. De nada servía la tranquilidad de conciencia. Lo sabía bien por lo sucedido. Pero también la Inquisición estaba escarmentada y abrió el proceso sin llevarle a la cárcel. La cosa no tuvo mayor trascendencia: un viaje a Toledo y una amonestación. Nuevamente el pecado de Fray Luis fue haberse adelantado a su tiempo, esta vez, al molinismo que iba a alcanzar su pujanza pocos años después, con la célebre controversia entre jesuitas y dominicos.

Desde este segundo proceso y hasta su muerte, acaecida en 1591, se agudiza la evolución psicológica de Fray Luis de León. Es ahora el sabio reconocido por todos.

Tiene en propiedad una de las cátedras de mayor importancia. Se le consulta para cuestiones de toda índole y forma parte de numerosas comisiones. Ha llegado al cenit de las aspiraciones de todo universitario. Ha sido dos veces vicerrector y es frecuentemente —hasta seis veces— diputado a claustro. Y ahora que todo lo ha conseguido, encuentra insípido el licor y quiere arrojar la copa. Hay momentos en que añora la soledad de la cárcel: “Tal reposo y tanta alegría disfrutaba yo entonces...” Parece que hace las cosas con desgana, con dejadez, con melancolía. Se le va descarnando su vida religiosa. Hasta ahora el universitario parecía sobreponerse al religioso. Ahora hay una reacción contraria.

Forma parte de la comisión encargada de corregir el calendario. Lo había mandado el Papa, y el rey puso en ello toda su autoridad. Fueron varios años de trabajo intenso. Un viaje a Madrid. Se le sigue pagando la cátedra. Nuevos viajes comisionados por la Universidad, para solucionar un viejo pleito con los colegios mayores. Es el mismo rector el que va en persona al convento de San Agustín a rogar al religioso se encargue de este asunto. Fray Luis accede y marcha. Se mueve en la corte. Tiene amigos de gran influencia. Sin embargo, en Salamanca hay todavía quien le sigue combatiendo. Esta vez —León de Castro calló

ya hace tiempo— es la voz del doctor Bernal, que en todo se opone al agustino. Estando aún en la corte, el 14 de enero de 1587, recibe el encargo de solucionar también un pleito de la Universidad con los jesuitas.

Conoce en Madrid la reforma carmelitana. La ve con bonísimos ojos. Se va alejando hacia la soledad y hacia Dios.

La tramitación es lenta y la cátedra sigue sin el maestro. Fray Luis parece no acordarse de ella. Ya corre por otros caminos. Las gestiones en Madrid le dan ocasión de conocer otros derroteros que él presentía desde hacía mucho tiempo: la reforma monástica, una vida más para Dios. En Salamanca se impacientan. Se le ordena la vuelta. Hay alguien que aconseja no se le pague en tanto que regrese. Sin embargo, reunidos, convinieron todos los comisionados, excepto uno —siempre estas excepciones en su vida— en que “era digno de más premio y merece que la Universidad le gratifique como es razón”.

El 13 de abril de 1588, el Nuncio le ordenaba, en un Breve, que exigiese al P. Provincial cuentas de unos gastos que éste había hecho. En Fray Luis sigue en pie el espíritu austero, duro, demasiado exigente, del discurso de Dueñas. Es, por otra parte, la época de las reformas monásticas. La idea cruza por su mente. En la orden se presente esto y se le teme. El mismo Beato Orozco —que había conocido su fogosidad tajante en Dueñas—, hombre lleno de virtudes y caridad, escribe a Doña María de Aragón, temiendo quizá una ruptura de la orden, como en realidad sobrevino: “En la provincia hay muchos que son para regir y morar aquel colegio, como V. S. quiere ordenar su vida y reformación; por tanto no hay que tratar con el Padre Maestro León”.

Cuando los comisarios de la Universidad le ordenan que vuelva a su cátedra, Fray Luis da largas y largas, pues en realidad el pleito de los colegios mayores, aunque pareció acabarse en enero de 1588, se vio complicado de nuevo. Pero a la sombra de esta excusa real, su trabajo estaba en la reforma agustiniana. El general de la Orden visita a Felipe II y a su confesor. Se con-

viene en erigir unas casas de mayor retiro y se ordena precisamente a Fray Luis que escriba Constituciones para estas casas. Con la primera, en Talavera, nacieron los agustinos recoletos.

El Rey estaba interesado en los trabajos de Fray Luis y pidió a la Universidad que le prorrogase nuevamente su licencia. La Universidad, gran señora —¡qué buen rasgo contra la leyenda del despotismo del Rey Prudente!— se lo negó a Su Majestad.

Por fin, el 23 de agosto de 1588, se pudo presentar Fray Luis ante el Claustro Pleno con la cédula por la que había conseguido del Rey todo lo que la Universidad deseaba. ¡Qué lejos los días de León de Castro! Fray Luis era columna necesaria en la Universidad. “Los dichos Rector y Vicescolásticos —anotan las *Actas*— por sí, y en nombre de la Universidad, dieron las gracias e parabién de la dicha cédula, diligencias y trabajos que por la alcanzar había pasado el padre maestro Fray Luis de León e de palabra se le reagrado con muchas y muy corteses palabras e ofrecieron diciéndole estarle la Universidad muy obligada e reconocida pa todo aquello que ella en su servicio pudiese, a las cuales palabras de agradecimiento el dicho padre maestro respondió con otras semejantes refiriendo muchas cosas e pesadumbræ que en la prosecución deste negocio había pasado”.

Tres días después y, aprovechando la oportunidad que le ofrecía el éxito alcanzado, pidió que se le pagase lo que se le adeudaba y se le diese una “licencia por dos años para que no lea e sea avido y tenido por leyente y jubilante, attento a que él está por su orden ocupado en un negocio de muy gran servicio de Dios, que es de ciertas fundaciones de monasterios recoletos que Su Majestad ha mandado se hagan...”.

Respecto a lo primero, se le fueron dando largas y para la dispensa se le exigió una autorización del Rey. Mientras tanto tuvo que pagar varias multas por sus continuas ausencias. Fuese disculpa diplomática o realidad —esto es más probable— la Universidad se aferraba a sus derechos sobre Fray Luis, alegando que no podía desprenderse de uno de sus mejores maestros.

“Desde el año 85 hasta el 91 en que murió casi puede decirse que abandonó por completo la cátedra”.

Se entregó a las reformas. Las Carmelitas descalzas y el Consejo Real le encargaron la publicación de las obras de Santa Teresa. Fray Luis no la había conocido en vida. Ahora la admiraba humana y sobrenaturalmente. En cada nueva lectura aprendía algo de ella, línea a línea y letra a letra. Trataba con la Madre Ana de Jesús, discípula de la Santa y priora de Madrid. En una carta de ésta conservamos uno de los últimos testimonios acerca del maestro: “Pídele a V. R., por el grande amor que nos tenemos, me ayude siempre en sus oraciones y las ofrezca muchas veces por el padre maestro Fray Luis de León, que se lo debemos todo; yo más que a otra persona en la tierra. Presto irá a ésa. Trátele V. R. que es muy santo y para cuanto nosotras hemos menester. Tiene mucho caudal de Dios, con gran deseo de servir a Su Majestad en hacernos bien. Harto ha hecho aquí en cosas de que gozará toda la orden”.

Estaba preparado. Siguió batallando hasta el final. Su vida fue “de pleitos continuos”. Estas gestiones en la reforma carmelitana le llevaron a otro en el que tuvo que intervenir el mismo Felipe II.

Ha habido quien ha atribuido a un disgusto con el monarca, por este asunto, la muerte de Fray Luis. No parece exacto si, como afirma el mismo historiador, el Rey se opuso a su nombramiento de superior de la provincia en el capítulo de Madrigal. Fray Luis fue efectivamente elegido y, antes de que pudiese tomar posesión de su cargo, el 23 de agosto de 1591, entregaba su alma a Dios.

No tenemos detalles de su muerte. Gastado por los años y por la lucha interna y externa de cada día, la enfermedad debió devorarle rapidísimamente, ya que, al ser elegido provincial, no debía de haber hecho aún presa en él.

Alrededor de su cadáver, el aire todo se hacía meditación humana. Enclavado en la tierra, hundido en la vida más estrepitosa de aquel tiempo, en pleitos continuos y hasta en la cárcel, aquel hombre que ahora —¡al fin!— reposaba en paz, había sido,

ante todo y sobre todo, religioso. Probablemente aun en sus horas de meditación y clausura, le habían asaltado los nervios y la algarabía de la vida. Nunca como en los últimos momentos de la cárcel se había podido quedar días enteros a solas con Dios. Ya todo acabó. Ahora todo empezaba. La verdad. Y se hacía realidad la añoranza perpetua de su vida.

*¿Cuándo será que pueda,
libre de esta prisión, volar al cielo?*

De Madrigal fue trasladado al Convento de Salamanca. El año 1856 fue exhumado su cadáver y se le dio definitiva sepultura en la capilla de la Universidad. En el epitafio se lee: *In. prosp. Modesti. et advers. aequi*: “Modesto en la prosperidad y paciente en las adversidades”.

VII

Fray Luis de León es el Platón moderno, cristiano. Platón en un alma hebrea. Completado además y, sobre todo, con unas composiciones en verso de una hondura lírica que sobrepasa, igualándole en la forma, al mejor poeta lírico de la antigüedad: Horacio. Fray Luis cierra este triángulo genial —Biblia, Platón, Horacio— y lo da vida cristiana en el equilibrio del Renacimiento.

Dios le había dotado, ante todo, de un alma extraordinaria. Profunda inteligencia que se desarrolla en el ambiente más adelantado de su mundo científico. Por Salamanca cruzan todas las inquietudes del Renacimiento y Fray Luis se aplica a todas las ciencias. Sabe calar hondo en las cosas. Con ímpetu nuevo. Le horroriza el “costumbrismo”. Es amplia y ágil su potencia intelectual y puede correr ligera por los más anchos campos. Es teólogo y filósofo. Las lenguas le son instrumentos para adentrarse en la solución de los problemas humanos y divinos. Tiene una inmensa necesidad de conocer la verdad. La verdad en todo. Su anhelo de volar al cielo, en la *Oda a Felipe Ruiz*, es para ver las cosas, en su verdad, para dejar de estar engañado.

Cuando se ve envuelto en el torbellino de la pasión, se da cuenta que es la intelligen-

cia la que le falla, porque no vemos las cosas como son, en su orden providencial. Es grande la capacidad de su inteligencia y procura abastecer el almacén, pero encuentra aún muchos rincones vacíos. También aquí, en esta ansia candente de verdad, su alma es hija de San Agustín.

También lo es en la fogosidad de su pasión. No es el intelectual frío, esquemático. En todas las páginas que llevamos escritas relampaguea la tormenta que acompaña, por todas partes, al maestro. El, ansioso de orden, de paz, preparado por la formación religiosa y humanista y por el ambiente de la época, al regusto estético del equilibrio clásico, se encuentra siempre en guerra, en desorden, ante todo consigo mismo.

Y aquí está la grandeza de su alma. Fray Luis lucha y vence. Se supera. Tiene una fuerza interior superior al vendaval de todas sus pasiones. Grandes son sus llamadas; pero lo es aún más el surtidor de agua eterna que le brota en el centro mismo de su ser y logra apagarlas.

En esta fortaleza pasional, que pudo ser tiránica, se aproxima Fray Luis al ardor romántico de un Espronceda. Pero éste tuvo la desgracia de ser un incrédulo, un hombre sin formación y sin ese vuelo platónico de Fray Luis. Raras veces logró el autor del *Diablo Mundo* superarse. No tenía caudal interior para ello. Fray Luis, sí. Poseía, ante todo, un ideal trascendente, vivo, palpitante. Los *Nombres de Cristo* están escritos con un inmenso calor, sosegado, pero hondo, a Jesucristo. Este ideal lo siente en cada momento como actual; pero sabe, con San Pablo, que aquí lo vemos todo como en enigma. Por eso espera.

Esta esperanza es el núcleo central de la inspiración de Fray Luis. Hay en él un contraste dramático entre su vida y su ideal. Entre su yo y su circunstancia. Y de este choque continuo, amargo, va naciendo en él, cada vez más establemente, una esperanza nostálgica, un cansancio de las cosas de aquí y una añoranza de las de allá.

Las poesías más inspiradas de Horacio son las odas sobre la muerte. No quiere morir. Es el sentimiento angustioso del paganismo ante lo inevitable. Platón —mucho más inteligente e intuitivo— no puede resignarse

a la idea de la mortalidad, y escribe en el *Fedón* —¡Qué diálogo más gemelo a los *Nombres de Cristo*, en su fusión de doctrina y lirismo!— un drama profundamente poético para demostrar —a ciegas— la inmortalidad del alma. Y casi quiere morir, acompañando a su maestro, al más allá de la verdad.

Fray Luis no tiene que esforzarse. Sabe por su fe lo que imperfectamente intuyó Platón. Y desea aquella vida. Cuando mira entre los barrotes de la cárcel el cielo estrellado, cuando atardece junto al Tormes en *La Flecha*, cuando el ciego Salinas llena el aire de sentimiento, cuando en el otoño —¡maravillosa descripción renacentista!—

*Recoge ya en el seno
el campo su hermosura; el cielo aoja
con luz triste el ameno
verdor, y hoja a hoja
las cimas de los árboles despoja...;*

el alma de Fray Luis se empapa en melancolía trascendente, en un deseo de vida verdadera. A cuestras con sus luchas y esperanzas, el alma melancólica de Fray Luis fue dejando por el camino esas *obrecillas* que se le cayeron de las manos y hoy llenan de admiración al mundo entero. Nuestro primer poeta lírico, fue para Menéndez Pelayo. La perfección formal, exacta, concisa de su estilo, con ser un valor fundamental, quizá fue lo de menos en él. Lo importante es el lirismo purísimo, macizo, grande: sin mezclas espúreas.

No conocemos la fecha de ninguna de estas poesías, aunque se esfuercen los eruditos en hacer cábalas. Hay evidentemente traducciones, imitaciones que son obra de juventud; las que le han hecho inmortal —le basta con un reducido número de ellas— son obra de madurez, probablemente de su prisión y de años posteriores.

Fray Luis de León ha sabido transvasar a sus versos todo el contenido de los momentos de superación de su alma. Y ha conseguido en ellos la virtud pacificadora que él necesitaba. En los momentos de huracán, cuando el oleaje humano está revuelto, la lectura de la *Noche serena*, o de la *Oda a la Ascensión*, o a la *Vida del cielo*, tienen un poder sedante sobre el alma que única-

mente se puede comparar a las páginas más inspiradas de los grandes músicos. Este poder para adentrarse por lo más hondo del alma humana y allí concertarla y hacerla "cobrar el tino", como dice Fray Luis de la música de Salinas, es, a mi modo de ver, la máxima cualidad que se puede pedir en una composición lírica.

*Quando contemplo el cielo
de innumerables luces adornado,
y miro hacia el suelo
de noche rodeado,
en sueño y en olvido sepultado;*

*el amor y la pena
despiertan en mi pecho un ansia ardiente;
despiden larga vena
los ojos hechos fuente,
Olarte, y digo al fin con voz doliente:*

*Morada de grandeza,
templo de claridad y hermosura,
el alma que a tu alteza
nació, ¿qué desventura
la tiene en esta cárcel baja, oscura?*

*¿Qué mortal desatino
de la verdad aleja así el sentido,
que de tu bien divino
olvidado, perdido,
sigue la vana sombra, el bien fingido?*

*El hombre está entregado
al sueño, de su suerte no cuidando,
y con paso callado,
el cielo, vueltas dando,
las horas del vivir le va hurtando.*

*¡Ay!, despertad, mortales;
mirad con atención en vuestro daño.
¿Las almas inmortales,
hechas a bien tamaño,
podrán vivir de sombras y de engaño?*

*¡Ay! Levantad los ojos
a aquesta celestial, eterna esfera;
burlaréis los antojos
de aquesa lisonjera
vida, con cuanto teme y cuanto espera...*
... ..

*¿Quién es el que esto mira
y precia la bajeza de la tierra,
y no gime y suspira,
y rompe lo que encierra
el alma, y de estos bienes la destierra?*

*Aquí vive el contento,
aquí reina la paz; aquí sentado,
en rico y alto asiento,
está el amor sagrado
de glorias y deleites rodeado.*

*Inmensa hermosura
aquí se muestra toda, y resplandece
clarísima luz pura
que jamás anochece;
eterna primavera aquí florece.*

*¡Oh, campos verdaderos!
¡Oh, prados, con verdad frescos y amenos!
¡Riquísimos mineros!
¡Oh, deleitosos senos!
¡Repuestos valles de mil bienes llenos!*

Y en estos "campos verdaderos" —¡siempre el ansia de verdad!— el cuadro idealista, que le dice su fe y que él ha pintado con finísima inspiración:

*De púrpura y de nieve
florida, la cabeza coronado,
a dulces pastos mueve,
sin honda ni cayado,
el buen Pastor en ti su hato amado.*

*El va, y en pos, dichosas,
le siguen sus ovejas dó las paze
con inmortales rosas,
con flor que siempre nace
y cuanto más se goza más renace.*

*Ya dentro a la montaña
del alto bien las guía; ya en la vena
del gozo fiel las baña,
y les da mesa llena,
pastor y pasto él solo y suerte buena...*

"Fray Luis no es meramente—escribe el padre Félix García—un poeta visual, un sensitivo de paisajes y formas, un orquestador de armonías que embriagan a los sentidos y producen un sensorial deleite transitorio. Fray Luis posee el sentido ontológico de la poesía, el secreto de su intimidad. Es una poesía la suya que tiene su raíz en el alma, y del alma arranca como un fluido misterioso que, al ponerse en contacto con las cosas, las hace entrar en vibración y las comunica su cálido temblor espiritual."

Sus poesías corrían de mano en mano. Varias veces le rogaron sus amigos que las imprimiese. Aun llegó a intentarlo y escribió el prólogo. Pero siempre había una especie de timidez. Quizá no se viese bien que un sabio catedrático, religioso para más detalles, se atreviese a lanzar al público un librito de versos. Como para todos los grandes genios, su obra mejor eran obrecillas sin importancia que casi le iban a

desacreditar. Murió y sólo cuarenta años después salieron a la luz pública por obra de Quevedo. El poeta poseía ya lo que fue antes esperanza en tremenda tensión lírica.

Religioso, sacerdote, sabio, poeta, renacentista... Fray Luis de León, llena ahora, a través de los siglos, ese ambiente denso de saber, de historia y de vida de la Universidad de Salamanca, es decir, del Renacimiento español. Por derecho propio, su estatua en la plaza de las Escuelas, cara a la portada plateresca de la Universidad. Una plazuela sin tráfico. Por allí no se pasa. Hay que ir allí. A meditar, a charlar con Fray Luis. Decía Unamuno: "Luego que ha cesado el vocerío estudiantil, cuando están cerradas y mudas las aulas, en horas o en días de vacación, sobre todo, en las tardes lentas de verano, ese patio de las Escuelas Menores, con su bronceo Fray Luis en el centro, sobre su pedestal, en un eterno gesto de apaciguamiento, es algo que habla al alma de lo eterno y lo permanente. No doy por nada del mundo ese patio, henchido en su silencio de rumores seculares, ese patio sin ruidos de tranvías ni de ferrocarriles ni de vana agitación humana."

Aquí, a la sombra de su amparo y con humildad, acabo, nada menos que con el príncipe Cervantes—¡seis años antes de la muerte del poeta!—para que nadie tenga estas páginas desautorizadas por apasionamiento:

*Quisiera rematar mi dulce canto,
en tal sazón, pastores, con loaros
un ingenio que al mundo pone espanto
y que pudiera en éxtasis robaros.
En él cifro y recojo todo cuanto
he mostrado hasta aquí y he de mostraros:
Fray Luis de León es el que digo,
a quien yo reverencio, adoro y sigo.*

ANTOLOGÍA DE JUICIOS DE MENEZES PELAYO (*)

Fray Luis de León, tipo y modelo eterno de la poesía lírica española, como quien

(*) Como la mejor confirmación de todo lo que hemos dicho en el presente estudio, añadimos, a modo de apéndice, esta pequeña antología con los principales textos del maestro de nuestra crítica literaria sobre el insigne agustino.

concentró todas sus perfecciones y excelencias. (*Bibliografía Hisp.-Lat. Clas.* Edición Nacional, VI, 481.)

¿Quién me dará palabras para ensalzar ahora, como yo quisiera, a Fray Luis de León? Si yo os dijese que fuera de las canciones de San Juan de la Cruz, que no parecen ya de hombre, sino de ángel, no hay lírico castellano que se compare con él, aún me parecería haberos dicho poco. Porque desde el Renacimiento hasta acá, a lo menos entre las gentes latinas, nadie se le ha acercado en sobriedad y pureza: nadie en el arte de las transiciones y de las grandes líneas, y en la rapidez lírica; nadie ha volado tan alto, ni infundido como él en las formas clásicas el espíritu nuevo. El mármol del Pentélico, labrado por sus manos, se convierte en estatua cristiana, y sobre un cúmulo de reminiscencias de griegos, latinos e italianos, de Horacio, de Píndaro y del Petrarca, de Virgilio y del himno de Aristóteles a Hermias, corre juvenil aliento de vida, que lo transfigura y lo remozca todo... Error es creer que la originalidad poética consista en las ideas. Nada propio tiene Garcilaso más que el sentimiento, y por eso sólo vive y vivirá cuanto dure la lengua. Y aunque descubramos la fuente de cada uno de los versos de Fray Luis de León y digamos que la tempestad de la *Oda a Felipe Ruiz* se copió de *Las Geórgicas* y que *La vida del campo* o *La profecía del Tajo* son relieves de la mesa de Horacio, siempre nos quedará una esencia purísima, que se escapa del análisis; y es que el poeta ha vuelto a sentir y vivir todo lo que imita de sus modelos y, con sentirlo, lo hace propio, y lo anima con rasgos suyos; así, en la tempestad, pone el carro de Dios *ligero y reluctante*, y en la *Vida retirada* nos hace penetrar en la granja de su convento, a orillas del Tormes, en vez de llevarnos, como Horacio, a la alquería de Pulla o de Sabina, donde la tostada esposa enciende la leña para el cazador fatigado. ¡Poesía legítima y sincera, aunque se haya despertado por inspiración refleja, al contacto de las páginas de otro libro! Hay cierta misteriosa generación en lo bello, como dijo Platón. El sentido del arte crece y se nutre con el estudio y reproducción de las formas perfec-

tas. A. Chénier lo ha expresado con similitud felicísimo: el de la esposa lacendolina, que, cercana al parto, mandaba colocar delante de sus ojos las más acabadas figuras que animó el arte de Zeuxis, los Apolos, Bacos y Helenas, para que, apacentándose sus ojos en la contemplación de tanta hermosura, brotase de su seno, henchido de aquellas nuevas y divinas formas, un fruto tan noble y tan perfecto como los antiguos ejemplares y dechados. Así se comprende que Fray Luis de León, con ser poeta tan sabio y culto, tan enamorado de la antigüedad y tan lleno de erudición y doctrina, sea en la expresión lo más sencillo, candoroso e ingenioso que darse puede, y esto no por estudio ni por artificio, sino porque, juntamente con la idea, brotaba en su alma la forma pura, perfecta y sencilla, la que no entienden ni saborean los que educaron sus oídos en el estruendo y tropel de las odas quintanescas. Es una mansa dulzura que penetra y embarga el alma sin excitar los nervios y la templa y serena y la abre con una sola palabra los horizontes de lo infinito. (*Discurso de ingreso en la Real Academia de la Lengua*. Educación Nacional: *Est. y Disc. de Crítica Hist. y Lit.*, II, 94-95.)

* * *

Nunca la inspiración lírica entre nosotros subió a más alto punto que en la escuela salmantina, ni conozco poeta peninsular comparable a Fray Luis de León en este género. El realizó la unión de la forma clásica y el espíritu nuevo, presentida, mas no alcanzada por otros ingenios del Renacimiento. Sus dotes geniales eran grandes, su gusto purísimo, su erudición variada y extensa. Eranle familiares en su original los sagrados libros, sentía y penetraba bien el espíritu de la poesía hebrea; y de la griega o la latina poco o nada se ocultó a sus lecturas e imitaciones. Aprendió de los antiguos la pureza y sobriedad de la frase, y aquel incomparable *ne quid nimis*, tan poco frecuente en las literaturas modernas. Nutrió su espíritu con autores místicos, y de ellos tomó la alteza del pensamiento, en él unida a una serenidad, lucidez y suave calor, a la continua dominantes en sus ver-

tos y en su prosa, no menos artística que ellos, y semejante a la de Platón en muchas cosas. Acudió a todas las fuentes del gusto, y adornó a la Musa castellana con los más preciados despojos de las divinidades extrañas. Y animó luego este fondo de imitaciones con un aliento propio y vigoroso, bastante a sacar de la movilidad lo que pudiera juzgarse forma muerta, encarnando en ella su vigorosa individualidad poética, ese elemento personal del artista, que da unidad y carácter propio a su obra. (*Bibliografía Hisp.-Lat. Clas. Ed. Nac.*: VI, 301.)

* * *

Su modelo predilecto es Fray Luis de León, y no he de reprobarlo yo, que considero al eximio agustino como el más verdaderamente lírico de cuantos poetas han aparecido en España desde el Renacimiento acá: como al de más sobria, sincera, profunda y clásica inspiración...

...Digo, pues, que para mí es prueba de gusto el deleitarse en los versos de Fray Luis de León y aun el procurar imitarlos en una u otra manera. (Prólogo a la edición segunda de las *Poesías*, del marqués de Heredia. Madrid, 1879. Ed. Nac.: *Estudios y Disc. Crít. Hist. y Lit.*, IV, 303.)

* * *

Los Nombres de Cristo, que yo pongo en la relación de arte y en la relación filosófica sobre toda nuestra literatura piadosa. (*Id. Est.*, Ed. Nac., II, 91.)

* * *

No hay elogio que iguale al mérito de *Los Nombres de Cristo*, libro quizá el más bello (artísticamente hablando) que salió de manos de nuestros ascéticos. Son notabilísimos la profundidad de aquellos diálogos, su alto sentido filosófico, la tendencia de Fray Luis a sistemas armónicos y el sabor luliano que con frecuencia resalta en la exposición didáctica más hermosa y animada que concebirse puede. El estilo, con frecuencia apacible, blando y halagador, como bebido en los diálogos platónicos, llega en ciertos pa-

sajes a un grado de elevación, de fuerza y de majestad incomparables, nunca afeados por los resabios de prosaísmo y vulgaridad que tantas veces empañan la elocuencia admirable, pero desigual, de Fray Luis de Granada. (*Biblioteca de Traducciones Españolas*. Ed. Nac., II, 293.)

* * *

La perfecta casada es, por el contrario, un libro de moral práctica, escrito con sencillez encantadora, ameno y deleitoso, delicado en el pensamiento; y en la forma, más que un libro, parece dulce plática familiar. (*Ib.*, 293.)

De su traducción de los *Cantares* puede afirmarse que más que versión es un verdadero calco. Todos los giros de la frase hebrea están escrupulosamente seguidos, todos los idiotismos conservados. ¡Y qué perfume de antigüedad y de sencillez respira la versión! ¡Con qué arte está hecha, aunque sin pretensiones literarias ostensibles! ¡Con qué delicadeza se respetan las bellezas de pormenor, *apacibus verborum ligatas!* Las rosas de Jericó, tocadas por el cantor del Tormes, no pierden frescura, en aroma ni en colores. (*Ib.*, 295-296.)

* * *

Este libro de oro (*La exposición del Libro de Job*), generalmente tenido por el mejor de cuantos en prosa salieron de manos de nuestro agustino, fue trabajado a ruegos de la beata Madre Ana de Jesús, monja carmelita...

... La traducción del *Libro de Job*, en prosa, está hecha directamente del hebreo, como la del *Cantar de los cantares*, y con tanta fidelidad y excelente estilo como aquella, aunque no se ajusta tan escrupulosamente a la letra ni conserva tanto sabor del original como la primera, sin duda, porque el traductor temía apartarse demasiado de las interpretaciones de la *Vulgata*, exponiéndose de nuevo a los peligros que le atrajeran sus audacias de filólogo y hebraizante. A pesar de todo, el alma hebrea de Fray Luis de León se revela siempre en lo abrupto de las construcciones y en lo cortado de

la expresión, caracteres visibles en todas sus traslaciones sagradas...

... *La Exposición del Libro de Job* merece la palma entre los trabajos escriturarios de Fray Luis de León, y es uno de los libros más hermosos que hay escritos en lengua castellana, libro de profunda erudición en la parte filológica, de alta doctrina y enseñanza en la mística, de resignación y consuelo en la moral, venero inagotable de bellezas literarias, dignas por siempre de admiración y estudio (*Ib.* 296-298.)

* * *

La traducción de Fray Luis (del *Libro de Job*) es admirable, ¡triste de quien no perciba su excelencia! Trabajada en la época de sus persecuciones, conserva un tinte melancólico, pero apacible y reposado, que penetra suavemente en el alma y produce inefable hechizo. Esta poesía se siente, no se juzga; no paremos mientes en durezas ni en asonancias, hay algo superior a todo eso que se escapa de los vulgares procedimientos de análisis y que no se aprecia con los ojos ni con los oídos de la crítica rutinaria. (*Ib.*, 316.)

* * *

Y en cuanto a mérito poético, ¿qué significa en términos de alta crítica el que haya en las traducciones de Fray Luis de León algunos giros, ya no sencillos, sino humildes y prosaicos, algunos versos duros y flojos, tal cual cacofonía y asonancia? Censor de corta vista ha de ser el que tan sólo pare la atención en tales pormenores. ¿Ha negado alguien el mérito soberano de las poesías originales de Fray Luis de León? ¿Pueden negárseles la primacía en nuestro lírico Parnaso? ¿Y no hay asonancias y versos malos y cacofonías en *La noche serena*, en *La vida del cielo*, en la oda *A Felipe Ruiz*, en la *Música a Salinas*? Ciertamente que las hay, pero cierto también que rayaría en sacrilegio el notarlos, y quien lo hiciera claramente demostraría que Dios le había negado del todo el sentido estético. Esos defectos los evita hoy un principiante: cualquier poeta de circunstancias sabe guardarse

de las asonancias y dar número y robustez a los versos: en esta parte mecánica de la poesía hemos progresado mucho. En lo que no hemos adelantado gran cosa es en el arte de asimilarnos el espíritu de la poesía pagana y expresarle con formas modernas, conservando toda su sobriedad y delicadeza; lo que hemos perdido y no llevamos traza de encontrar es esa unión de la antigüedad con un estro nuevo y juvenil, no expresado en una prosa lánguida e incorrecta, sostenida en los zancos de una traslación anglicana, sino en versos incorrectos, sí, y desaliñados a veces, pero sobre los cuales ha pasado el soplo vivífico de la inspiración. (*Ib.*, 305.)

* * *

Casualmente he citado el nombre egregio de Fray Luis de León, y éste es lugar

oportuno para hablar de sus versiones horacianas. Excusado sería detenerme en encajecimientos y alabanzas a las poesías originales de nuestro primer lírico, pues ni quiero repetir lo sabido, ni hallo palabras dignas de su gloria, no es este lugar oportuno como no sea para repetir una vez más

Onorate l'altissimo poeta...

Baste decir, por lo que a mi propósito se refiere, que Fray Luis de León encarnó su vigoroso pensamiento en las formas de la poesía antigua, y, en especial, en las de Horacio *vertiendo en las antiguas tinajas vino nuevo, o trabajando con manos cristianas el mármol gentilico*, para valernos de una frase exacta y feliz. (*Bibliografía Hispano-Latina Clas.*, VI, 44.)

INDICE

	Págs.
I	4
II (1544-1560)	5
III (1560-1572)	8
IV (1572)	11
V (1572-1577)	14
VI (1577-1591)	19
VII	22
Antología de juicios de M. Pelayo sobre fray Luis de León	25

TITULOS PUBLICADOS

- N.º 1.—Vista, suerte y al toro (2.ª edición).
 N.º 2.—Fiestas y ferias de España. (2.ª edición).
 N.º 3.—Artesanía (2.ª edición).
 N.º 4.—Los territorios españoles del Golfo de Guinea.
 N.º 5.—El crucero "Balears" (2.ª edición).
 N.º 6.—Falla, Granados y Albéniz (2.ª edición).
 N.º 7.—Conquista por el terror.
 N.º 8.—España en los altares (2.ª edición).
 N.º 9.—La gesta del Alto de los Leones (2.ª edición).
 N.º 10.—Ex combatientes.
 N.º 11.—La batalla de Teruel (2.ª edición).
 N.º 12.—Vida y obra de Menéndez y Pelayo (2.ª edición).
 N.º 13.—Residencias de verano.
 N.º 14.—Españoles esclavos en Rusia.
 N.º 15.—La batalla del Ebro (2.ª edición).
 N.º 16.—Clima, suelo y agricultura (2.ª edición).
 N.º 17.—Eliminados.
 N.º 18.—La batalla de Brunete (2.ª edición).
 N.º 19.—La industrialización de España.
 N.º 20.—La casa tradicional en España (2.ª edición).
 N.º 21.—El general Yagüe (2.ª edición).
 N.º 22.—Museos (2.ª edición).
 N.º 23.—Oviedo, ciudad laureada (2.ª edición).
 N.º 24.—Frentes del Sur (2.ª edición).
 N.º 25.—División Azul.
 N.º 26.—Donoso Cortés (2.ª edición).
 N.º 27.—Regeneración del preso (2.ª edición).
 N.º 28.—La "semana trágica" de Barcelona (3.ª edición).
 N.º 29.—Calvo Sotelo (2.ª edición).
 N.º 30.—Bordados y encajes (2.ª edición).
 N.º 31.—Seis poetas contemporáneos (2.ª edición).
 N.º 32.—El general Mola (2.ª edición).
 N.º 33.—Mapa gastronómico (2.ª edición).
 N.º 34.—Orellana, descubridor del Amazonas (2.ª edición).
 N.º 35.—"Yo, el vino" (2.ª edición).
 N.º 36.—El teatro (2.ª edición).
 N.º 37.—Victor Pradera (2.ª edición).
 N.º 38.—El Alcázar no se rinde (2.ª edición).
 N.º 39.—Onésimo Redondo (2.ª edición).
 N.º 40.—Ciudades de Iona (2.ª edición).
 N.º 41.—Nuestro paisaje (2.ª edición).
 N.º 42.—Fray Junípero Serra (2.ª edición).
 N.º 43.—Pedro de Valdivia (2.ª edición).
 N.º 44.—Andalucía (2.ª edición).
 N.º 45.—Marruecos.
 N.º 46.—Agricultura y Comercio (2.ª edición).
 N.º 47.—Escritores asesinados por los rojos (2.ª edición).
 N.º 48.—Balears (2.ª edición).
 N.º 49.—El comunismo en España.
 N.º 50.—Luchas internas en la Zona Roja (2.ª edición).
 N.º 51.—Navarra (2.ª edición).
 N.º 52.—Cataluña (2.ª edición).
 N.º 53.—La Marina Mercante (2.ª edición).
 N.º 54.—Las "checas" (2.ª edición).
 N.º 55.—El mar y la pesca (2.ª edición).
 N.º 56.—Rosales.
 N.º 57.—Hernán Cortés (2.ª edición).
 N.º 58.—Españoles en Argelia.
 N.º 59.—Galicia y Asturias (2.ª edición).
 N.º 60.—Leyes fundamentales del Reino (4.ª edición).
 N.º 61.—Medicina del Trabajo.
 N.º 62.—El cante andaluz (2.ª edición).
 N.º 63.—Las Reales Academias (2.ª edición).
 N.º 64.—Jaca (2.ª edición).
 N.º 65.—José Antonio (2.ª edición).
 N.º 66.—La Navidad en España (2.ª edición).
 N.º 67.—Canarias (2.ª edición).
 N.º 68.—El bulo de los caramelos envenenados (2.ª edición).
 N.º 69.—Rutas y caminos (2.ª edición).
 N.º 70.—Un año turbio (2.ª edición).
 N.º 71.—Historia de la segunda República (3.ª edición).
 N.º 72.—Fortuny (2.ª edición).
 N.º 73.—El Santuario de Santa María de la Cabeza (2.ª edición).
 N.º 74.—Mujeres de España (2.ª edición).
 N.º 75.—Valladolid (la ciudad más romántica de España) (2.ª edición).
 N.º 76.—La Guinea española (2.ª edición).
 N.º 77.—El general Varela (2.ª edición).
 N.º 78.—Lucha contra el paro (2.ª edición).
 N.º 79.—Soria (2.ª edición).
 N.º 80.—El aceite (2.ª edición).
 N.º 81.—Eduardo de Hinojosa (2.ª edición).
 N.º 82.—El Consejo Superior de Investigaciones Científicas (2.ª edición).
 N.º 83.—El marqués de Comillas (2.ª edición).
 N.º 84.—Pizarro (2.ª edición).
 N.º 85.—Héroes españoles en Rusia.
 N.º 86.—Jiménez de Quesada (2.ª edición).
 N.º 87.—Extremadura (2.ª edición).
 N.º 88.—De la República al comunismo (I y II cuadernos) (2.ª edición).
 N.º 89.—De Castillblanco a Casas Viejas (3.ª edición).
 N.º 90.—Raimundo Lulio.
 N.º 91.—El género lírico (2.ª edición).
 N.º 92.—La Legión española (2.ª edición).
 N.º 93.—El caballo andaluz (2.ª edición).
 N.º 94.—El Sáhara español.
 N.º 95.—La lucha antituberculosa en España.
 N.º 96.—El ejército español (2.ª edición).
 N.º 97.—El Museo del Ejército (2.ª edición).
 N.º 98.—1898: Cuba y Filipinas (2.ª edición).
 N.º 99.—Gremios artesanos (2.ª edición).
 N.º 100.—La Milicia Universitaria (2.ª edición).
 N.º 101.—Universidades gloriosas (2.ª edición).
 N.º 102.—Proyección Cultural de España.
 N.º 103.—Valencia (2.ª edición).
 N.º 104.—Cuatro deportes.
 N.º 105.—Formación profesional.
 N.º 106.—El Seguro de Enfermedad.
 N.º 107.—Refranero español (2.ª edición).
 N.º 108.—Ramiro de Maeztu (2.ª edición).
 N.º 109.—Pintores españoles (I) (2.ª edición).
 N.º 110.—Primera guerra carlista (2.ª edición).
 N.º 111.—Segunda guerra carlista (2.ª edición).
 N.º 112.—Avicultura y Cunicultura.
 N.º 113.—Escultores españoles (2.ª edición).
 N.º 114.—Levante (2.ª edición).
 N.º 115.—Generales carlistas (I) (2.ª edición).
 N.º 116.—Castilla la Vieja (2.ª edición).
 N.º 117.—Un gran pedagogo: el Padre Manjón (2.ª edición).
 N.º 118.—Togliatti y los suyos en España.
 N.º 119.—Inventores españoles (2.ª edición).
 N.º 120.—La Alberca (2.ª edición).
 N.º 121.—Vázquez de Mella (2.ª edición).
 N.º 122.—Revalorización del campo (2.ª edición).
 N.º 123.—Traje regional (2.ª edición).
 N.º 124.—Reales fábricas (2.ª edición).
 N.º 125.—Devoción de España a la Virgen (2.ª edición).
 N.º 126.—Aragón (2.ª edición).
 N.º 127.—Santa Teresa de Jesús (2.ª edición).
 N.º 128.—La zarzuela (2.ª edición).
 N.º 129.—La quema de conventos (2.ª edición).

- N.º 130.—La Medicina española contemporánea (2.ª edición).
- N.º 131.—Pemán y Foxá.
- N.º 132.—Monasterios españoles (2.ª edición).
- N.º 133.—Balmes (2.ª edición).
- N.º 134.—La primera República (2.ª edición).
- N.º 135.—Tánger.
- N.º 136.—Autos Sacramentales (2.ª edición).
- N.º 137.—Madrid (2.ª edición).
- N.º 138.—General Primo de Rivera.
- N.º 139.—Ifni.
- N.º 140.—General Sanjurjo (2.ª edición).
- N.º 141.—Legazpi (2.ª edición).
- N.º 142.—La Semana Santa (2.ª edición).
- N.º 143.—Castillos (2.ª edición).
- N.º 144.—Imagineros (2.ª edición).
- N.º 145.—Granada (2.ª edición).
- N.º 146.—El anarquismo contra España (2.ª edición).
- N.º 147.—Bailes regionales (2.ª edición).
- N.º 148.—Conquista de Venezuela (2.ª edición).
- N.º 149.—Figuras del toro (2.ª edición).
- N.º 150.—Málaga (2.ª edición).
- N.º 151.—Jorge Juan (2.ª edición).
- N.º 152.—Protección de menores.
- N.º 153.—San Isidro (2.ª edición).
- N.º 154.—Navarra y sus reyes (2.ª edición).
- N.º 155.—Vida pastoril.
- N.º 156.—Segovia (2.ª edición).
- N.º 157.—Valeriano Bécquer (2.ª edición).
- N.º 158.—Canciones populares.
- N.º 159.—La Guardia Civil.
- N.º 160.—Tenerife.
- N.º 161.—La Cruz Roja.
- N.º 162.—El acervo forestal.
- N.º 163.—Prisioneros de Teruel (2.ª edición).
- N.º 164.—El Greco (2.ª edición).
- N.º 165.—Ruiz de Alda.
- N.º 166.—Playas y puertos (2.ª edición).
- N.º 167.—Béjar y sus pafios.
- N.º 168.—Pintores españoles (II) (2.ª edición).
- N.º 169.—García Morente.
- N.º 170.—La Rioja.
- N.º 171.—La dinastía carlista (2.ª edición).
- N.º 172.—Tapicería española.
- N.º 173.—Glorias de la Policía.
- N.º 174.—Palacios y jardines (2.ª edición).
- N.º 175.—Villamartín.
- N.º 176.—El toro bravo (2.ª edición).
- N.º 177.—Lugares colombinos (2.ª edición).
- N.º 178.—Córdoba (2.ª edición).
- N.º 179.—Periodismo (2.ª edición).
- N.º 180.—Pizarras bituminosas.
- N.º 181.—Don Juan de Austria (2.ª edición).
- N.º 182.—Aeropuertos.
- N.º 183.—Alonso Cano.
- N.º 184.—La Mancha.
- N.º 185.—Pedro de Alvarado.
- N.º 186.—Calatañazor.
- N.º 187.—Las Cortes tradicionales.
- N.º 188.—Consulado del Mar.
- N.º 189.—La novela española en la postguerra.
- N.º 190.—Talavera de la Reina y su comarca.
- N.º 191.—Pensadores tradicionalistas.
- N.º 192.—Soldados españoles.
- N.º 193.—Fray Luis de León (2.ª edición).
- N.º 194.—La España del XIX vista por los extranjeros.
- N.º 195.—Valdés Leal.
- N.º 196.—Las cinco villas de Navarra (2.ª edición).
- N.º 197.—El moro vizcaíno.
- N.º 198.—Canciones infantiles.
- N.º 199.—Alabarderos.
- N.º 200.—Numancia y su Museo.
- N.º 201.—La Enseñanza Primaria.
- N.º 202.—Artillería y artilleros.
- N.º 203.—Mujeres ilustres.
- N.º 204.—Hierros y rejería.
- N.º 205.—Museo Histórico de Pamplona.
- N.º 206.—Españoles en el Atlántico Norte.
- N.º 207.—Los guanches y Castilla.
- N.º 208.—La Mística.
- N.º 209.—La comarca del Cebreiro.
- N.º 210.—Fernando III el Santo (2.ª edición).
- N.º 211.—Leyendas de la vieja España (2.ª edición).
- N.º 212.—El valle de Roncal (2.ª edición).
- N.º 213.—Conquistadores españoles en Estados Unidos (2.ª edición).
- N.º 214.—Mercados y ferias.
- N.º 215.—Revistas culturales de postguerra.
- N.º 216.—Biografía del Estrecho.
- N.º 217.—Apicultura.
- N.º 218.—España y el mar (2.ª edición).
- N.º 219.—La minería en España.
- N.º 220.—Puertas y murallas.
- N.º 221.—El cardenal Benlloch.
- N.º 222.—El paisaje español en la pintura (I).
- N.º 223.—El paisaje español en la pintura (II).
- N.º 224.—El indio en el régimen español.
- N.º 225.—Las leyes de Indias.
- N.º 226.—El duque de Gandía.
- N.º 227.—El tabaco.
- N.º 228.—Generales carlistas (II).
- N.º 229.—Un día de toros (2.ª edición).
- N.º 230.—Carlos V y el Mediterráneo.
- N.º 231.—Toledo (2.ª edición).
- N.º 232.—Lope, Tirso y Calderón.
- N.º 233.—La Armada Invencible.
- N.º 234.—Riegos del Guadalquivir.
- N.º 235.—La ciencia hispanoárabe.
- N.º 236.—Tribunales de Justicia.
- N.º 237.—La guerra de la Independencia.
- N.º 238.—"Plan Jaén".
- N.º 239.—Las fallas.
- N.º 240.—La caza en España.
- N.º 241.—Jovellanos.
- N.º 242.—"Plan Badajoz".
- N.º 243.—La Enseñanza Media.
- N.º 244.—"Plan Cáceres".
- N.º 245.—El valle de Salazar.
- N.º 246.—San Francisco el Grande.
- N.º 247.—Masas corales.
- N.º 248.—Isla de Fernando Poo.
- N.º 249.—Leonardo Alenza.
- N.º 250.—Vaqueiros de alzada.
- N.º 251.—Iradier.
- N.º 252.—Teatro romántico.
- N.º 253.—Biografía del Ebro.
- N.º 254.—Zamora.
- N.º 255.—La Reconquista.
- N.º 256.—Gayarre (2.ª edición).
- N.º 257.—La Heráldica.
- N.º 258.—Sevilla (2.ª edición).
- N.º 259.—La Primera Guerra Civil.
- N.º 260.—Murcia.
- N.º 261.—Aventureros españoles.
- N.º 262.—Barceló.
- N.º 263.—Biografía del Tajo.
- N.º 264.—España misionera.
- N.º 265.—Cisneros y su época.
- N.º 266.—Jerez y sus vinos.
- N.º 267.—Balboa y Magallanes-Elcano.
- N.º 268.—La imprenta en España.
- N.º 269.—Ribera.
- N.º 270.—Teatro contemporáneo.
- N.º 271.—Felipe II (2.ª edición).
- N.º 272.—El Romanticismo.
- N.º 273.—Cronistas de Indias.
- N.º 274.—Tomás Luis de Victoria.
- N.º 275.—Retratos reales.
- N.º 276.—Los Amantes de Teruel.
- N.º 277.—El corcho.
- N.º 278.—Zurbarán, Velázquez y Murillo.
- N.º 279.—Santo Tomás de Villanueva.
- N.º 280.—El algodón.
- N.º 281.—Blas de Lezo.
- N.º 282.—Españoles en el Plata.
- N.º 283.—Catalanes y aragoneses en el Mediterráneo.
- N.º 284.—Medicina en refranes.
- N.º 285.—Biografía del Duero.
- N.º 286.—La ruta del golf.
- N.º 287.—Ávila.
- N.º 288.—San Antonio de los Alemanes.
- N.º 289.—Lucio Cornelio Balbo.
- N.º 290.—El abanico.

- N.º 291.—Alicante.
 N.º 292.—Red Nacional de Silos.
 N.º 293.—Los Vidrios.
 N.º 294.—La Siderurgia de Avilés (2.ª edición).
 N.º 295.—Cerámica.
 N.º 296.—La Casa de la Moneda.
 N.º 297.—El cuento.
 N.º 298.—El Golfo de Vizcaya (2.ª edición).
 N.º 299.—Las fiestas de San Antón.
 N.º 300.—Cáceres (2.ª edición).
 N.º 301.—Alonso de Madrigal.
 N.º 302.—El Correo.
 N.º 303.—El Escorial (2.ª edición).
 N.º 304.—Spinola (2.ª edición).
 N.º 305.—El Bierzo.
 N.º 306.—La Lotería.
 N.º 307.—La electrificación (2.ª edición).
 N.º 308.—Cuenca (2.ª edición).
 N.º 309.—Albergues y Paradores (2.ª edición).
 N.º 310.—Viajes menores (2.ª edición).
 N.º 311.—Huelva.
 N.º 312.—Industria textil (2.ª edición).
 N.º 313.—Flores de España.
 N.º 314.—Los gitanos (2.ª edición).
 N.º 315.—Cordillera Ibérica (2.ª edición).
 N.º 316.—Aranjuez (2.ª edición).
 N.º 317.—Aprovechamientos hidráulicos.
 N.º 318.—Concentración parcelaria.
 N.º 319.—Colegios Mayores.
 N.º 320.—Instituto Nacional de Colonización.
 N.º 321.—La Cartuja de Granada.
 N.º 322.—Los Monegros.
 N.º 323.—Cancionero Popular carlista.
 N.º 324.—Ríos salmoneros.
 N.º 325.—León (2.ª edición).
 N.º 326.—De las Hermandades al Somatén.
 N.º 327.—Ganadería.
 N.º 328.—Museo y Colegio del Patriarca.
 N.º 329.—Política Internacional.
 N.º 330.—Pesca Fluvial (2.ª edición).
 N.º 331.—El agro.
 N.º 332.—Santiago de Compostela (2.ª edición).
 N.º 333.—Fronteras.
 N.º 334.—Las piratas.
 N.º 335.—Literatura gallega actual.
 N.º 336.—Arboles frutales.
 N.º 337.—Burgos (2.ª edición).
 N.º 338.—Farmacopea (2.ª edición).
 N.º 339.—Biografía del Jalón (2.ª edición).
 N.º 340.—Instituto Social de la Marina.
 N.º 341.—Carlos V (2.ª edición).
 N.º 342.—Biografía del Guadalquivir.
 N.º 343.—Lérida.
 N.º 344.—Alava.
 N.º 345.—La huerta valenciana.
 N.º 346.—Universidades.
 N.º 347.—Catedrales.
 N.º 348.—El Maestrazgo.
 N.º 349.—San Sebastián.
 N.º 350.—Filatelia.
 N.º 351.—La Costa Brava.
 N.º 352.—Los sefardíes.
 N.º 353.—Romerías.
 N.º 354.—El Arte en la época de Carlos V.
 N.º 355.—Biografía de la Cordillera Central.
 N.º 356.—Industria Química.
 N.º 357.—La sidra.
 N.º 358.—El mueble.
 N.º 359.—Equitación.
 N.º 360.—Servicios postales.
 N.º 361.—La Costa del Sol.
 N.º 362.—La paloma deportiva.
 N.º 363.—Aprovechamientos térmicos.
 N.º 364.—La Albufera.
 N.º 365.—Red Nacional de Frigoríficos.
 N.º 366.—La población.
 N.º 367.—El mercurio.
 N.º 368.—Cádiz.
 N.º 369.—Industrias del cuero.
 N.º 370.—«Plan Zaragoza».
 N.º 371.—Arquitectura moderna.
 N.º 372.—Cartagena industrial.
 N.º 373.—La industria del papel.
 N.º 374.—Federico Chueca.
 N.º 375.—Gijón.
 N.º 376.—Museo del Prado.
 N.º 377.—Los Pirineos.
 N.º 378.—Bárbara de Braganza.
 N.º 379.—La Alcarria.
 N.º 380.—Sorolla.
 N.º 381.—Zaragoza.
 N.º 382.—Molinos de viento.
 N.º 383.—Africa en las navegaciones españolas.
 N.º 384.—El tomate.
 N.º 385.—Guadalupe.
 N.º 386.—Ausias March.
 N.º 387.—La Banda Municipal.
 N.º 388.—Medinaceli.
 N.º 389.—El hierro.
 N.º 390.—Gandia.
 N.º 391.—Investigación agronómica.
 N.º 392.—Coche y carrozas.
 N.º 393.—Fibras textiles.
 N.º 394.—La sal.
 N.º 401.—La causa general.
 N.º 402.—La tierra quemada.